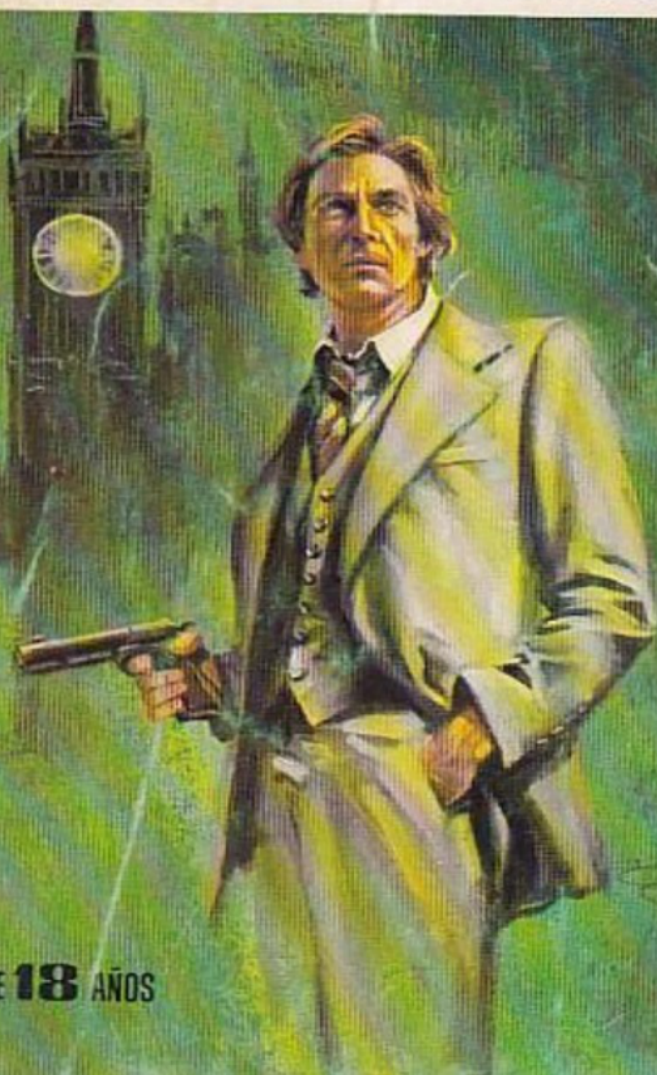


LOS LIBROS
DE FIGUERA

PUNTO
ROJO

SIN SANGRE EN LAS VENAS

Clark Carrados



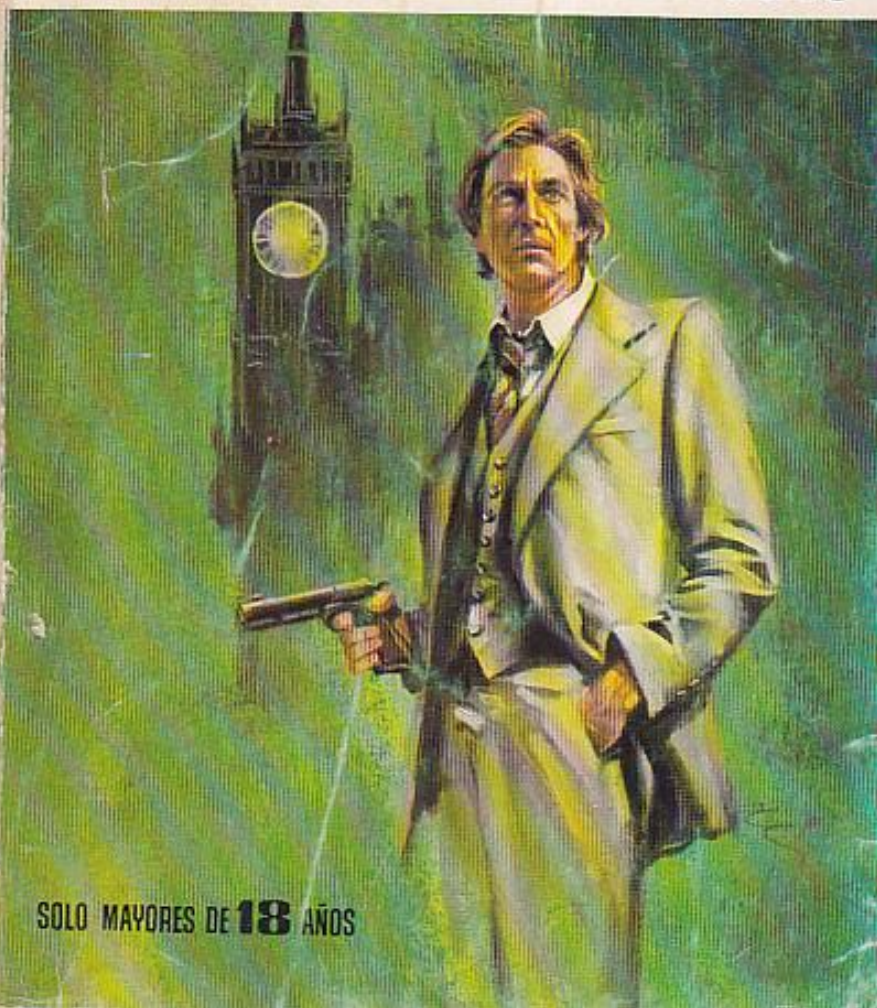
SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

CONSILARIOS
EN GUERRA

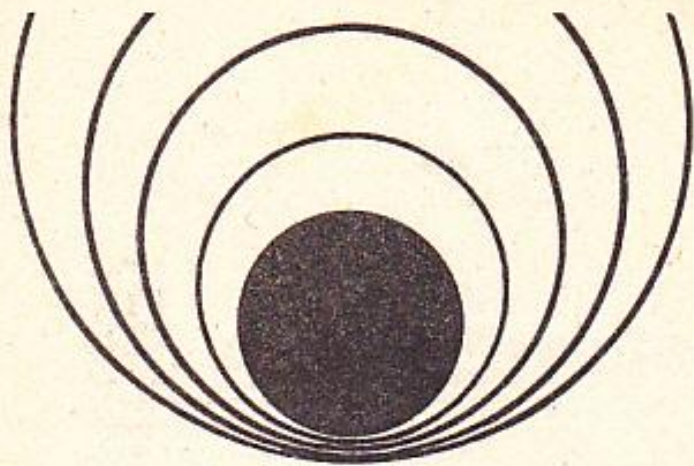
PUNTO
ROJO

SIN SANGRE EN LAS VENAS

Clark Carrados



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS



PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

SIN SANGRE EN LAS VENAS

Colección PUNTO ROJO n.º 1.062 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.809 — Sendero a la horca.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.673 — Tiburones de tierra firme.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

81 2 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.057 — Flores para un canalla muerto.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 23.159 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: agosto, 1982

2.a edición en América: febrero, 1983

©Clark Carrados - 1982

texto

© Almazán - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.

A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

La casa estaba allí, entre los árboles, y resultaba un espectáculo agradable, después de atravesar la ancha faja árida y si apenas vegetación que había entre las afueras de la ciudad y aquel lugar. Flavia Reid suspiró satisfecha al saber que había dado al fin con su objetivo.

Cinco minutos después, su satisfacción había desaparecido por completo, sustituida por un sentimiento cercano al pánico. Casi sin enterarse de la forma en que había sucedido, estaba atada de pies y manos, en una habitación, y precisamente en compañía del hombre al que había ido a visitar.

Norma Oakland también estaba atado de pies y manos, pero daba la sensación de no sentir miedo en absoluto. Si no sonreía, tampoco mostraba la menor sensación de temor.

En cuanto a los hombres que la habían atacado, se hallaban ya en la puerta, dispuestos a abandonar la casa inmediatamente. El jefe, un tipo gordo, seboso, con doble papada y bolsas bajo los párpados, les miró divertidamente.

—La bombita hará «pum» dentro de cinco minutos exactamente —anunció—. Para entonces, nosotros estaremos ya muy lejos de aquí, tan lejos, que es muy posible que no escuchemos siquiera el ruido de la explosión. Con ficticio pesar, se puso una mano en el pecho e inclinó la cabeza— ¡Paz a sus almas! —concluyó.

La puerta se cerró de golpe. Alguien hizo girar la cerradura en la llave. Luego Flavia y Oakland quedaron a solas.

Ella contempló con ojos aprensivos la caja que estaba en el centro de la estancia, en el suelo, encima justamente de una lata de gasolina de unos veinte litros. Si la explosión no les mataba en el acto, morirían irremisiblemente abrasados en el incendio que producirla a continuación.

—Pero... ¿qué les he hecho yo a esos tipos? —sollozó Flavia—. Nunca les había visto en los días de mi vida...

—Ha tenido usted la mala suerte de llegar en el momento menos oportuno —repuso él—. Naturalmente, no podían dejar un testigo incómodo que pudiera acusarles algún día.

—De modo que es eso...

—Sí, pero no te preocupes —Oakland la tuteó sin ceremonias—. Vamos a salir vivos de aquí, ya lo verás.

—¿Cómo puede usted decir eso? Nos han atado de pies y manos y, por si fuese poco, también nos han sujetado a la pared con un trozo de cuerda...

—Calma, calma, no conviene precipitarse. Ya lo verás, hermosa.

A Flavia le extrañó la actitud del dueño de la casa, que no no parecía en absoluto intimidado por hallarse a tan pocos minutos de la muerte. De pronto, vio que daba media vuelta y quedaba con la espalda apoyada en el suelo.

Giró otra vez y la cuerda que le sujetaba a la pared se enrolló a su cuerpo. Ello le hizo quedar con las piernas encogidas, porque la longitud de la cuerda había disminuido, lógicamente. Entonces, apoyó los pies en la pared y apretó con todas sus fuerzas.

La cuerda saltó con sonoro chasquido. Haciendo una rápida contorsión, Oakland se puso en pie.

—Vamos a ver si te suelto a ti ahora —dijo—. Muévete, sentada, de modo que quedes con la espalda hacia la pared.

Flavia obedeció. Oakland se sentó en el suelo y apoyó su espalda contra la de la joven.

—Puede que te haga daño, pero será mucho menos que si te quedaras aquí esperando el estallido de la bomba —dijo—. ¡Aguanta! —gritó bruscamente.

Oakland realizó la misma operación, sin necesidad de que la muchacha voltease sobre sí misma para enrollar la cuerda en torno a su cuerpo. Dada la postura, sus pies pudieron ejercer la suficiente potencia para romper la soga que ligaba a la joven con la pared.

Flavia gritó cuando se sintió violentamente proyectada hacia adelante, y volvió a gritar cuando chocó contra la lata de combustible, derribándola al suelo. Estaba abierta y la gasolina empezó a derramarse, invadiendo la atmósfera con sus vapores poco agradables de oler.

—No te alarmes, aún tenemos tiempo suficiente —dijo él—. Espera un

momento, por favor.

Ella, tumbada boca abajo, hizo un esfuerzo por volverse. Asombrada, vio que Oakland se había puesto en pie y que retrocedía a saltitos, cada vez más seguidos y rápidos y con potencia siempre creciente. Pero lo que más le extrañó fue que el hombre caminase hacia atrás.

Los hombros de Oakland chocaron contra la puerta y la hicieron saltar en astillas. El cayó fuera, de espaldas, pero se recuperó como un gato y volvió a entrar en la habitación.

—¡Aprisa, chica! —gritó— Nos queda poco más de un minuto.

Se acercó a Flavia arrodillado y agarró con los dientes la cuerda que sujetaba sus muñecas. Ella creyó que la iba a romper a mordiscos, pero se sintió atónita al notar que era arrastrada hacia el exterior.

—Dios mío, esto no puede ser... Estoy soñando... No es un hombre, es un perro gigantesco...

Sus piernas rebotaron contra los dos escalones que había al otro lado de la puerta.

Vagamente, se dio cuenta de que Oakland la arrastraba hacia el otro lado de un viejo abrevadero de mampostería, ahora en desuso. Casi en el acto, la hizo tenderse en el suelo. Oakland se tumbó a su lado.

—Ya no quedan más que una docena de segundos —dijo.

Flavia aguardó, con los nervios en tensión. Los segundos pasaron y también unos cuantos minutos. Oakland se atrevió a levantar la cabeza.

—Parece que algo ha fallado en la bomba —dijo.

—No me lo puedo creer. Ellos estaban seguros de que explotaría...

—Pues se ha producido un fallo, no cabe la menor duda —insistió Oakland—, Y, a propósito, tú sabes quién soy yo, pero aún no me has dicho tu nombre.

—Flavia Reid, de la Golden Octogon. ¿Ha oído hablar alguna vez de esa sociedad?

—No, nunca, en los días de mi vida —respondió él—. ¿Qué se fabrica en esa empresa?

—Ahora... —De pronto, Flavia apretó los labios—. Me parece que he cambiado de idea, señor Oakland.

—Puedes llamarme por el nombre, Norman; no me enfadaré por ello. De modo que has cambiado de idea, ¿eh? Y, ¿cuál era la idea primitiva?

—¿Crees que estaremos libres para mañana a las seis de la tarde?

—Me sobra tiempo para dar la vuelta al mundo en un cohete interplanetario —rió él.

De pronto, empezó a desatarse los nudos de los pies y ella, atónita, vio que ya tenía las manos libres—. Ahora te desataré a ti, dulzura —añadió.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Flavia, que todavía no había salido de su asombro.

—¡Bah, trucos! —contestó Oakland con displicencia—. Oye, ¿sabes que eres muy bonita?

—¿Aún tienes ganas de tonterías, en estos momentos?

—¿Por qué no? Hemos salvado el pellejo y eso es algo maravilloso, ¿no te parece?

—Aún no estoy segura de sentirme con vida. ¿Por qué querían eliminarte esos tipos?

—Discutimos hace algún tiempo, Heck Thomas y yo, claro. Thomas es el gordo, para que lo sepas. Le supo mal haber perdido y decidió quitarme de en medio.

—Debía ser un asunto muy importante, ¿no?

—Sí, los favores de su esposa. Ella estaba empeñada en otorgarme esos favores y a él no le gustaba. Es un tipo reaccionario, anticuado, monopolista, ególatra...

Flavia miraba estupefacta al joven, sin saber si hablaba en serio o se burlaba de ella.

Momentos después, notó que era levantada en peso y pudo apoyar los pies en el suelo.

—Bueno —dijo Oakland, satisfecho—, vamos a ver ahora qué ha

pasado con la bomba.

Espérame unos momentos, por favor.

Caminó con paso resuelto hacia la casa, que era independiente del edificio principal, pero se volvió a llegar a la puerta. Sonreía abiertamente, enseñando una dentadura deslumbrante, en un rostro moreno, cuyo color contrastaba extrañamente con el azul claro de sus ojos y el pelo casi pajizo.

—Por cierto, Flavia, ¿no te gustaría darles un susto, como devolución del mal rato que te han hecho pasar?

Ella vaciló.

—No creo que nos permitan acercarnos demasiado a ellos —objetó.

—De la forma en que lo haremos, no lo podrán impedir. Aguarda un momento, por favor.

Oakland desapareció en la casita y volvió a los pocos momentos con la caja en las manos.

—Tenía un cable desconectado —explicó— El artificiero que preparó la bomba no es ciertamente un genio en su especialidad.

—¡Te explotará en las manos! —chilló Flavia, aterrada.

—No te preocupes. Anda, ven conmigo y no temas.

Ella le siguió hasta un enorme barracón, de puertas correderas, que deslizó a un lado.

Casi como en sueños, le vio subir a un «jeep», con el que se remolcó un helicóptero fuera del hangar, dejándolo en una explanada lo suficientemente amplia para no impedir el giro de las paletas del rotor. Oakland apartó el «jeep» y luego hizo una señal a la muchacha.

—¿Vienes?

Los ojos del joven la fascinaban. Casi mecánicamente, Flavia avanzó hacia el helicóptero y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, se encontró ascendiendo vertiginosamente a las alturas.

* * *

—No es cierto que Thomas quisiera matarme porque yo hubiera

conquistado a su esposa —dijo Oakland más tarde, mientras pilotaba el helicóptero—. Hace tiempo, sin embargo, le estropeé un negocio y juré desquitarse. Hoy le llegó el turno...

Oakland maldijo entre dientes.

—Sólo perdió dinero, bastante dinero, es preciso admitirlo

—añadió torvamente—. Pero no recibió el menor daño físico, ni él ni ninguno de los miembros de su banda. Y ahora, el muy cerdo, quería hacerme cachitos... Trocitos de carne tostada, claro.

—Comprendo que estés enojado con él, pero ¿cómo le vas a devolver la pelota?

—Espera un poco y lo sabrás. He conectado el cable suelto, ¿comprendes?

Flavia miró la caja que él tenía sobre el regazo y sintió un escalofrío.

—|La bomba puede estallar! —gritó.

—Estallará, de eso puedes estar segura.

Flavia, aterrada, miró hacia abajo. El desierto se extendía hasta perderse de vista en todas direcciones. Muy a lo lejos, se divisaba la ciudad, casi confundiéndose con la bruma del horizonte. Eran treinta millas al menos de terreno árido y desolado, y una persona podía pasarlo muy mal, si se quedaba a pie en aquellos parajes.

De pronto, Oakland lanzó una exclamación:

—¡Ah, ahí van!

Flavia alargó el cuello. Debajo de ellos, a unos trescientos metros de distancia, se veía un coche que corría velozmente sobre la recta y polvorienta carretera que cruzaba el desierto. En todo cuanto alcanzaba la vista, no se divisaba otro vehículo.

—Bien, vamos a ver si, como has dicho antes, les devolvemos la pelota.

Oakland hizo que el helicóptero perdiera altura. Flavia vio que el suelo parecía subir a su encuentro. De pronto, divisó una larga hendidura en el desierto, una especie de barranco seco, cruzado por un puente de madera.

El coche donde viajaban Thomas con sus secuaces estaba ya a menos de cien metros del puente, cuando Oakland presionó un resorte en la caja de la bomba. Luego recorrió la portezuela lateral, sacó la caja y la dejó caer al suelo.

Inmediatamente, maniobró, virando ceñidamente a la vez que ganaba altura. Con enfermiza fascinación, Flavia vio primero el fogonazo y luego el chorro de humo, polvo y astillas de madera que subía a gran altura.

El coche en que viajaban los hampones no pudo frenar a tiempo y se precipitó en el barranco, cuando se encontró sin el puente por el que debía cruzar. Dio unos cuantos saltos, rebotó espantosamente dos o tres veces y acabó volcando de costado.

Cuatro hombres salieron gateando a los pocos momentos. Oakland lanzó una sonora risotada.

—Míralos, parecen gatitos asustados, sin su mamá... Nena, ¿adónde quieres que te lleve?

Flavia se volvió lentamente hacia su acompañante.

—Norman, una vez te llamaron en un periódico hombre de hielo o algo por el estilo —

dijo.

—Es un recuerdo incorrecto. La frase exacta era «sin sangre en las venas».

Corrientemente soy un hombre muy pacífico, pero cuando alguien o algo hace que mi sangre empiece a hervir... Flavia, ¿no quieres decirme por qué fuiste a verme a mi casa?

—Espera a mañana y lo sabrás —contestó ella—, A propósito, lo que has hecho puede costarte muy caro. Has destruido un puente...

—Lo hice yo, así que nadie me puede reprochar nada sobre el particular. Pero el barranco se puede franquear sin dificultad media milla más al sur. Si construí el puente, fue por comodidad, ya que en época de lluvias las aguas impiden el paso de vehículos y, sobre todo, entonces, aún no tenía el helicóptero —explicó Oakland—, De modo que debo aguardar a mañana para saber lo que tenías que decirme.

—Sí, porque ahora que me doy cuenta, prefiero expresar mis

intenciones en público, en lugar de comunicártelas privadamente. Puede que ahora no lo entiendas, pero, repito, mañana, a las seis de la tarde, estarás enterado de todo.

—Muy bien, no se hable más. ¿Quieres que te lleve a algún sitio en particular?

—En el edificio de la Golden Octogon hay helipuerto en la terraza superior —contestó ella.

CAPITULO II

—Señor Oakland, la propuesta que les vamos a formular ha sido adoptada por unanimidad, entre los ocho socios de la Golden Octogon. Cada uno de nosotros le entregará, ahora mismo, para gastos, cinco mil dólares. Cuando haya resuelto el problema que nos afecta, le entregaremos veinte mil más, también cada uno. En total, pues, recibirá doscientos mil dólares. ¿Le parece bien?

Eran ocho personas las que se habían congregado en la casa de Oakland, la hora anunciada por Flavia la víspera. Flavia formaba parte del grupo y, hasta entonces, había permanecido silenciosa, como los demás, salvo para las inevitables presentaciones. El único que había hablado era Ray Harniman, director de Investigaciones de la Golden Octogon, hombre de apariencia dominante y autoritaria y que parecía haber sido elegido por los demás para exponer el conflicto.

—Doscientos mil dólares —repitió Oakland—. Eso es mucho dinero, señor Harniman.

—La décima parte de lo que podemos perder, si usted no nos soluciona la situación —

contestó el aludido.

Oakland estudió los rostros de los presentes. Todos eran hombres de mediana edad, prósperos y con una brillante posición social y económica. Había también dos mujeres, una de las cuales era Flavia.

La otra tenía algunos años más, treinta y dos, calculó Oakland, una rubia aparatosa, de silueta exuberante y ojos llenos de malicia. Era la directora de Relaciones Públicas de la compañía, según le habían anunciado al principio.

—Por favor, señor Harniman, explíquese, se lo ruego —pidió Oakland.

—Con mucho gusto. Cada uno de los presentes somos socios a partes iguales de la Golden Octogon. Nuestro capital individual, como mínimo, puede calcularse en dos millones de dólares, sin contar el activo de la sociedad. Ahora bien, sucede que la Golden Octogon es la propietaria de una patente muy valiosa y que rinde grandes beneficios. Se trata de un nuevo plástico, de características muy especiales, que está llamado a revolucionar el mundo de esta clase de sustancias. Nosotros no fabricamos el plástico; sólo cedemos la fórmula a empresas solventes y mediante un canon apropiado a los

beneficios que puedan obtener de la fabricación de esa materia. ¿Lo va comprendiendo?

—Sí, desde luego.

—Bien, el caso es que alguien, a quien no conocemos, nos exige un cuarto de millón a cada uno, a cambio de respetar nuestras vidas.

—Eso se parece mucho a un chantaje —observó el joven.

—Con una peculiaridad —dijo Harniman—. Hemos de entregar cada uno los doscientos cincuenta mil dólares y, además, la fórmula y la patente. Nos dio una semana de plazo y se cumple precisamente hoy.

—Es decir, el misterioso chantajista actuará hoy mismo, si no acuerdan ceder a sus pretensiones.

—No pensamos ceder bajo ningún concepto. Por eso hemos venido a verle, señor Oakland.

—Han tardado mucho, puesto que ya se agota el plazo...

—Hemos hecho estudiar la persona más conveniente para resolver el problema. Eso nos retrasó inevitablemente —aclaró Harniman—. Pero, como puede comprender, preferimos pagarle a usted el diez por ciento de la suma total exigida, antes que entregar a ese bribón dos millones, más la fórmula y la patente de explotación.

—Muy bien —dijo Oakland—. Es un encargo de lo más fascinante, y lo acepto sin pensármelo dos veces. Sólo quiero que me digan dos cosas, y la primera es: ¿sospechan de alguien en particular? Hubo una negativa unánime. No, nadie tenía la menor idea de quién podía ser el chantajista.

—La segunda es: ¿cómo se enteraron de la amenaza?

—Cada uno recibimos una grabadora, con una «cassette» grabada, en la que se nos explicaba lo que debíamos hacer —contestó Harniman—. Alguien llamó a cada uno de nosotros por teléfono, nos dijo que escuchásemos el mensaje grabado y eso es todo.

—¿Hombre o mujer?

Harniman se volvió hacia los otros. Cuatro contestaron que les había parecido la voz de un hombre. Tres dijeron que creían era una mujer, pero disfrazando la voz.

—Yo mismo no podría asegurarlo todavía —dijo Harniman—. Pero, no cabe la menor duda, el chantajista supo alterar muy bien su voz.

Oakland hizo un gesto con la cabeza.

—Debieron haber venido a mí antes —murmuró—. En fin, haré lo que pueda... y lo más pronto que me resulte posible.

Inesperadamente, Flavia alzó una mano.

—Perdonen todos, pero yo tengo que formular una objeción —manifestó.

* * *

Ocho rostros se volvieron hacia la muchacha. Oakland no era el menos interesado en conocer lo que Flavia tenía que alegar.

—Siento disentir de lo que se ha acordado —continuó ella—. Lo dije cuando se propuso por primera vez y sigo pensando lo mismo. Se tratará o no de una broma, pero...

Norma, no lo tomes como cosa personal; si te contratan, será con mi voto en contra y, desde luego, no esperes de mí que te dé un solo centavo por tu tarea.

—Flavia, tu padre diría algo muy distinto si estuviera presente —protestó Harniman airadamente.

—Pero no está y me otorgó plenos poderes para representarle en la sociedad —

respondió la muchacha sin amilanarse—. Me niego a que contraten al señor Oakland, eso es todo.

—Si consigues encontrar al chantajista, te beneficiarás, sin haber pagado un dólar —se quejó alguien.

Flavia se encogió de hombros.

—Lo mejor que podíamos hacer era mostrar indiferencia hacia sus amenazas —

contestó —. Así se convencería de que no teníamos nada que temer de él y, más todavía, considerábamos su mensaje como una broma de mal gusto. Tú me comprendes, ¿no es

cierto, Norman?

Oakland asintió.

—Desde luego, pero me han pedido que intervenga y no puedo rechazar la petición —

repuso—, ¿Tienen algo más que decirme? —preguntó a los restantes.

De nuevo hubo respuestas negativas. Harniman se puso en pie.

—¿Cuándo empezará, señor Oakland? —preguntó.

—Mañana mismo —contestó el joven—. Por cierto, ¿quién de ustedes está a cargo del personal de la sociedad?

Una mano se levantó en el acto.

—Yo —dijo Mark Scrimm.

—Muy bien, señor Scrimm. Mañana mismo me tendrá en su despacho, a primera hora.

Supongo que no tendrá inconveniente en mostrarme los expedientes del personal.

—¿Sospecha de nuestros empleados?

—Nunca falta la gente resentida o frustrada, que se cree capaz de ocupar puestos más altos y que considera han sido preteridos o postergados injustamente. Quizá alguno de sus empleados ideó ese sistema, para sacarles dinero en compensación a unas ventaja que no pudo obtener por sus propios méritos.

—Es muy posible, en efecto —admitió Minna Stewart, la directora de Relaciones Públicas de la Golden Octogon—, Y si yo puedo ayudarle en ese aspecto, lo haré con mucho gusto.

Oakland cambió una mirada con la rubia. Ella sonreía apenas, pero había una expresión inconfundible en su sonrisa.

—Será un placer, señora Stewart —contestó.

—Bien —dijo Harniman—. Solucionado el problema del contrato con el señor Oakland.

Ahora, amigos, vamos a pagarle el anticipo acordado.

Minutos más tarde, Oakland tenía en su poder cheques por valor de treinta y cinco mil dólares. Miró a Flavia y sonrió. Ella se mantenía muy seria, casi hostil.

—Le espero mañana a las nueve, en mi oficina —se despidió Scrimm.

Los demás empezaron a salir sucesivamente. Oakland encendió las luces exteriores de la casa y la explanada quedó brillantemente iluminada.

Había cinco coches, más el de Flavia, que había dejado allí la víspera. Flavia había viajado con Harniman y otro de los socios. Scrimm había llevado consigo a otro más. Los restantes viajarían en sus propios automóviles.

Se oyeron los primeros rugidos de los motores al ponerse en marcha. Desde el umbral de la casa, Oakland vio a uno de los socios de la Golden Octogon, charlando animadamente con Minna Stewart. Mark Scrimm rió entre dientes algo que parecía ser su propia gracia y luego palmeó lascivamente el atractivo trasero de la rubia.

A continuación se metió en su coche. Oakland le vio buscar las llaves en los bolsillos.

Entonces se produjo la explosión.

No hizo mucho ruido, pero si hubo un terrible huracán de llamas. Scrimm gritó horripilantemente y salió del coche, lanzando espantosos alaridos, convertido en una antorcha humana, en medio del pánico general.

Scrimm no pudo correr mucho. Espeluznado, Oakland vio que le faltaban los dos pies, destruidos por la explosión. Scrimm dio unos cuantos pasos más y cayó de bruces,

agitándose horriblemente, a la vez que emitía chillidos que no tenían nada de humanos.

Oakland reaccionó. Tenía junto a la puerta de su casa un extintor de espuma y pudo apagar el fuego que consumía al desdichado, pero muy pronto se dio cuenta de que Scrimm estaba sentenciado. La hemorragia acabó con él en menos de cinco minutos.

* * *

Miró a su alrededor y estudió el terreno detenidamente. Oakland

vestía una simple camisa, pantalones de tela clara y botas recias. El sol calentaba con fuerza y se protegía la cabeza con un sombrero vaquero, de anchas alas.

La casa y los edificios anejos quedaban a doscientos metros de distancia y a un nivel inferior en unos cuarenta metros. Por el lado Norte, una serie de pequeñas lomas protegía el lugar contra los vientos predominantes.

Desde el punto en el que se hallaba, Oakland no podía ver la casa, oculta por la espesa arboleda que la rodeaba casi por completo. Los árboles no eran muchos en número, pero el manantial que brotaba en las inmediaciones, proporcionaba agua inagotablemente al lugar y favorecía la vegetación de forma extraordinaria.

Paso a paso, fue corriéndose hacia su derecha, buscando el lugar apropiado. Al fin, encontró un sitio desde el que podía ver con facilidad los restos calcinados del coche de Scrimm, que no había sido retirado todavía.

Con el ceño fruncido, se puso en cuclillas y contempló la escena del crimen. Estuvo así un momento y luego empezó a buscar minuciosamente por el suelo.

Pasados unos minutos, encontró algo que pareció confirmar sus suposiciones. Tomó la colilla con dos dedos, muy suavemente, y se la acercó a la nariz.

Olfateó varias veces. Luego sacó un pañuelo y guardó la punta del cigarrillo, evidentemente liado a mano.

Un poco más allá, divisó una tira de fósforos. Había todavía bastantes y dedujo se le había caído al hombre que había estado fumando en aquel lugar. Un minuto después, descubrió dos pisadas en un lugar arenoso.

Las huellas se marcaban todavía nítidamente. No había soplado una brizna de viento en las últimas horas y las pisadas estaban allí tan claras como cuando el hombre puso sus pies en aquel lugar.

Regresó a la casa y buscó cierta sustancia, con la que preparó un cacharro lleno de líquido blanquecino. Momentos después, volvía al mismo sitio y tomaba un molde de cada una de las pisadas.

Cuando la escayola hubo endurecido, la separó del suelo. Entonces vio un coche que llegaba a la casa.

Flavia paró el vehículo, se apeó y fue a la puerta. Oakland la vio llamar sin obtener resultado.

Sonrió un instante y luego, metiéndose dos dedos en la boca, lanzó un penetrante silbido. Flavia se volvió en el acto.

—¡Ahora bajo! —voceó él, desde lo alto de la colina.

Todavía dio un repaso a aquel paraje, antes de emprender el descenso. Cuando llegó, Flavia le miró intrigada.

—¿Qué hacías por ahí arriba? —preguntó.

—Para ser una chica que no quiso pagar mis honorarios, te muestras muy curiosa —

respondió él punzante,

—Mi padre habría hecho lo mismo —respondió ella con vivacidad.

—Pero también habría puesto el asunto en manos de la policía.

—No lo creo. Pensaría como yo, que es la obra de un bromista de mal gusto...

—¿Un bromista? ¿Después de lo que sucedió anoche aquí, en este mismo lugar?

Flavia pareció sentirse súbitamente desmadejada.

—Tienes razón —convino— No se trata de una broma pesada, sino de algo muchísimo peor.

—Ha ocurrido algo malo, me imagino.

—Sí. Esta mañana, recibí una llamada. Fue muy corta y el tipo dijo, más o menos:

«Creyeron que quería burlarme de ustedes, pero ya han visto que hablaba en serio. Por no hacerme caso, ahora pagaré cada uno cincuenta mil dólares más de lo exigido primeramente. Eso es todo, Norman.»

—No es poco —contestó él—. Anda, entra en casa y te daré algo que te conforte.

—Café, por favor —pidió la muchacha.

CAPITULO III

Llevaba el pelo corto, liso, peinado con raya a un lado, y casi parecía un chico de pocos años. Pero su estatura y las suaves curvas de su figura, borraban la primera impresión en pocos instantes.

Ella pareció sentirse algo mejor minutos más tarde. Sus grandes ojos de verdosas pupilas, miraron al joven con expresión de súplica.

—Norman, ¿qué hago? —consultó.

—Según he podido deducir, tu viniste a esta casa el día en que me atacaron Thomas y sus granujas, para anticiparme lo que me iban a decir veinticuatro horas más tarde. Sin duda, también querías prevenirme acerca de tu negativa a contratarme.

—Sí, es cierto —admitió Flavia—. Pero ahora, todo ha cambiado... Pobre Scrimm...

Jamás se borrará de mi memoria aquella espantosa escena, quemándose vivo... No me explico cómo pudieron ponerle los explosivos sin que él se diera cuenta... ¿Y por qué no se produjo la explosión cuando salía de su casa, por ejemplo?

—La explicación es muy sencilla —contestó él—. En un principio, todos creímos que la explosión se había producido al actuar la llave de contacto. Pero esta madrugada, yo me sentí desvelado y empecé a recordar detalles del suceso. Flavia, lo tengo presente en mi memoria como si volviera a verlo ahora mismo. Scrimm no había dado el contacto del motor cuando se produjo la explosión.

—¿Cómo lo sabes? —se asombró la muchacha.

—Tenía las llaves en la mano.

—Entonces, ¿qué activó el explosivo?

—Una señal de radio.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. El tipo preparó la trampa, para hacerla estallar en el momento en que le conviniera. Sal fuera, por favor.

Flavia siguió al dueño de la casa. Oakland señaló la loma situada a

unos doscientos metros.

—Estaba allí, con unos prismáticos, supongo. Vio a Scrimm que entraba en el coche e inmediatamente disparó la señal de radio que activó el explosivo. Seguramente, pensó que ya tenía puesta la llave de contacto, lo cual, indudablemente, confundiría a los investigadores.

—Pero no a ti, según parece.

—No —convino Oakland—. Los rastros que he encontrado allá arriba confirman mi teoría.

—Norman, la policía registró el coche y no encontró señales de un receptor de radio...

—Fue consumido por el fuego. Había unos doscientos gramos de dinamita y luego, con casi absoluta seguridad, un recipiente con magnesio, aceite de palma y naftenato de aluminio.

—¿Qué diabólica sustancia es ésa, Norman? —se extrañó Flavia.

—Napalm.

Ella sintió un helado escalofrío que recorría su espalda, pese a la elevada temperatura

que reinaba en aquel lugar.

—Una sustancia diabólica —repitió a media voz.

—En efecto, lo es.

—Y dices que has encontrado rastros..

—Pero, como comprenderás, no pienso decirte nada por el momento. Prefiero guardarme para mí lo que he descubierto.

—No te lo reprocho —dijo la muchacha—. Bien, Norman, lo que pasó anoche me ha convencido de unirme al grupo. Pagaré mi parte...

Oakland alzó una mano.

—Por el momento te concedo crédito y me permito aplazar tus honorarios —dijo—. Si quieres tomar más café, entra en casa: yo voy a preparar el helicóptero.

—¿Vas a la ciudad? —preguntó Flavia.

—Sí. Pero no sé cuándo volveré; por eso no te invito a venir conmigo.

—Está bien, regresaré en mi coche. Aunque cada vez que pongo la llave de contacto, me siento aterrada...

—No te preocupes —sonrió él—. El asesino no repetirá la misma operación.

—Muy seguro estás de lo que dices, Norman.

—Si quiere matar a alguien más, tiene que emplear un procedimiento distinto. Ahora ya sabe que ninguno de los amenazados se fiará de su coche, ¿comprendes?

—Sí, pero... ¿qué otra trampa pondrá?

—Trataré de averiguarlo —respondió él, ceñudo.

* * *

Sacó la tira de fósforos y comprobó el anuncio que había en una de sus caras con el rótulo de neón del local ante cuya fachada se encontraba. Al cabo de unos segundos, se decidió cruzar el umbral.

Abundaba el humo de tabaco y el tufo de perfumes baratos. El local respondía al poco atractivo nombre de Eva's. Se preguntó si el título tenía alguna relación con la abundancia de mujeres, comparada con el relativamente exiguo número de hombres.

Quizá era el punto de cita de damas con determinados problemas sexuales, se dijo.

Sin prisas, se acercó al mostrador. Una pelirroja, de busto exuberante, apenas cubierto por el escote de un pretencioso uniforme de color fucsia, se inclinó hacia él.

—¿Qué va a ser, hermano? —preguntó.

Oakland puso sobre el mostrador un billete de cinco dólares.

—Un trago y guárdate la vuelta —contestó.

—Al momento, hermoso.

Oakland ocultó una sonrisa. Ella llenó un vaso y se lo puso delante.

—¿Por qué hay tantas mujeres aquí, Eva? —preguntó él pasados unos

momentos.

—Si tienes «pasta», puedes llevarte a dos al mismo tiempo. O a tres, depende de lo que quieras gastarte. Y me llamo

Sheila.

—Dispensa. Como vi el nombre a la entrada...

—Es el de la dueña y tiene sesenta y ocho años. Ya no está para trotes amorosos —rió la *barmaid*.

—De modo que todo el que viene aquí acude a llevarse un par de chicas, por lo menos.

—Es la regla general. También hay excepciones y se marchan con las manos en los bolsillos. Tú, ¿qué prefieres?

—¿Cuánto tendría que gastarme contigo, Sheila?

—Podríamos empezar a partir de los cincuenta «pavos». Depende de tus preferencias y del tiempo que quieras pasar conmigo —respondió ella sin inmutarse.

—Y, ¿qué me dirías de cien dólares para empezar?

—Si hablas en serio, nos vamos ahora mismo...

—Eva protestaría —rió Oakland. Contó cinco billetes de veinte dólares y los puso disimuladamente en la mano de la camarera—. Sheila, ando buscando a un tipo de edad superior a la mía, pero no demasiado viejo, de unos sesenta y cinco kilos de peso y muy aficionado a la «hierba». Probablemente, se «pincha» también. Tú me entiendes lo que quiero decirte, ¿verdad?

Sheila pareció concentrarse en sí misma unos instantes.

—Creo que ya sé quién es —dijo al cabo— Se llama Doo Buxtry, debe de rondar por los cuarenta años, es delgado, de pelo liso, rubio oscuro y con grandes entradas en la frente.

Hace poco vino aquí y se llevó a dos chicas. Bueno, fueron al apartamento de una de ellas, Mary *la Cañón*. Tenía «pasta» en abundancia.

—De modo que se llama Buxtry y ahora está con dos chicas...

—Sí. Mary vive cuatro manzanas más abajo, en el dos mil trescientos cuatro. ¿Es que quieres participar en esa fiesta?

—Tal vez —sonrió Oakland—. Sheila, algún día vendré a buscarte y nos iremos los dos solitos a una isla desierta. Pero sólo una semana; más tiempo resultaría aburrido, ¿no crees?

—Yo no me aburriría contigo en un siglo —contestó ella alegremente.

Oakland decidió asegurarse y sacó otros dos billetes de veinte dólares y dos más de cinco.

—Sheila, no repitas a nadie lo que me has dicho a mí.

Ella se guardó el dinero en el profundo escote.

—Seré silenciosa como una tumba —aseguró.

Oakland le dirigió una amistosa sonrisa. Luego salió a la calle, buscó su coche y se dirigió a las señas indicadas. Cuando encontró un lugar apropiado, estacionó el automóvil y se dispuso a aguardar a Buxtry.

Permaneció dentro del coche durante largas horas, tan quieto como una esfinge.

Pasaban ya de las cuatro de la madrugada cuando, al fin, su paciencia se vio recompensada.

Un hombre delgado, de mediana estatura y de unos cuarenta años de edad, salió de la casa con paso inseguro. En aquellos momentos, la calle estaba completamente desierta.

Para Oakland fue un juego de niños atacar al individuo y meterlo en el portaequipajes del coche, antes de que Buxtry se diera cuenta cabal de lo ocurrido. Inmediatamente, emprendió el camino de regreso a su casa.

* * *

A las diez de la mañana, se detuvo ante un lujoso edificio, en cuya entrada se veía el emblema de la sociedad; un octógono dorado, con un 8 negro en su centro, ribeteado de rojo. Penetró en el enorme vestíbulo y pidió ser conducido a la planta novena.

Un cuarto de hora más tarde, era introducido a presencia de Harniman. El hombre se levantó para saludarle amablemente.

—¿Ha conseguido algo, señor Oakland?

—Un poco, pero incluso es prematuro para decir nada —contestó el joven—. Scrimm era el jefe de Personal, según creo.

—Sí, es cierto. Naturalmente, hay un sustituto...

—¿Puedes presentármelo?

—Desde luego. Ah, perdone... Se trata de una mujer, Nancy Bartlett, joven y muy competente. Venga conmigo, por favor.

La nueva jefa de Personal resultó ser una mujer de unos treinta y cuatro años, alta, delgada y de aspecto severo, pero también bastante atractiva. Harniman hizo las presentaciones y luego los dejó solos.

—Atienda al señor Oakland en todo lo que le pida, señora Bartlett —dijo al despedirse.

—Muy bien, señor Harniman.

Nancy se encaró con el visitante.

—Usted dirá...

—Señora Bartlett, quiero pedirle un favor. Usted puede examinar los expedientes personales de todos los empleados de la compañía, supongo.

—Por descontado que sí. ¿Qué es lo que quiere?

—Dos cosas: el nombre de alguien que haya sido despedido recientemente por causas no satisfactoriamente justificadas, aunque así conste en su expediente, quiero decir que se hayan alegado motivos aceptables para ese despido,

—No, pero lo haré —sonrió Nancy—, Usted lo que quiere es encontrar a alguien que haya sido despedido injustamente, al menos, en opinión del propio interesado.

—Exactamente. Además, tiene que ser persona con un cargo de cierto relieve, no un amanuense corriente o un empleado de poca categoría.

—Voy comprendiendo. ¿Qué más, señor Oakland?

—Puede que la persona a quien yo busco no haya sido despedida, pero sí ocupa un puesto que él, o ella, pueda pensar no es merecido para

sus aptitudes. Es decir, sin duda piensa que debería ocupar un puesto más elevado, pero no se lo han concedido. En suma, gente resentida y frustrada, no importa el sexo, aunque me inclino más bien a pensar en un varón.

—No sé cuándo podré tener listos los nombres que pide... Hay cientos de expedientes...

Oakland sonrió.

—Usted es experta en psicología, posiblemente, con diploma de licenciado universitario.

Nancy arqueó las cejas.

—¿Cómo lo sabe?

Oakland tomó su mano derecha.

—Veo aquí un anillo universitario, que sólo se colocan los que han obtenido el título en determinadas Facultades. Tengo un amigo que también lleva un anillo semejante.

—Es usted muy perspicaz, señor Oakland —sonrió ella.

También sé que está casada y que es muy feliz en su matrimonio.

—Vaya, ¿es usted adivino?

—Su anillo de boda, el retrato de ese hombre sobre su mesa, al que ha mirado en más de una ocasión... No es difícil adivinarlo, señora Bartlett.

—Es usted un hombre encantador. Lástima que esté enamorada como una tonta de mi esposo —rió Nancy.

—Es la tontería más hermosa que se puede padecer en este mundo —contestó él jovialmente. Dejó una tarjeta sobre la mesa—. Llámeme a este número cuando encuentre algo que estime interesante. Tengo una grabadora acoplada al teléfono; no se preocupe si no le contesto directamente.

—De acuerdo, señor vidente.

Oakland sonrió.

El señor Bartlett es el hombre más afortunado de este perro mundo —

se despidió.

CAPITULO IV

Cuando desembarcó del coche, vio a Flavia que salía de la casa. Un gesto de enojo apareció inmediatamente en sus facciones.

—Para ser una asociada que no quiso pagar, te tomas demasiadas molestias —dijo ácidamente—. ¿O tal vez es que no te fías de mis aptitudes?

—Disculpa, pero me sentía demasiado nerviosa, sin noticias tuyas... No sabía cómo encontrarte y preferí venir a tu casa, para aguardar a tu regreso...

—Ya —contestó él—. Te corroe la curiosidad, ¿no es así?

—Además, dije que te pagaría y tú preferiste concederme crédito —le recordó Flavia.

—Pero en principio, te negaste.

—Bueno, debo admitirlo. Luego... pasó lo que pasó y... ¿Has conseguido algo?

—Flavia, ¿cómo tienes el estomago?

—Bien, tenía apetito y me hice un bocadillo. Otro día repondré las provisiones consumidas.

—No, si lo decía por lo que vas a ver, que no tiene nada de agradable. Anda, acompáñame.

Ella le siguió, muy intrigada, hasta el barracón en que habían sido encerrados días atrás, dándose cuenta de que la puerta había sido reparada satisfactoriamente. Oakland sacó una llave, abrió y se echó a un lado.

En el mismo instante, se oyó un agudo alarido. Flavia se asustó.

—¡Norman! ¿Qué sucede? —preguntó.

Oakland encendió la luz. A pesar de la puerta abierta, dentro del barracón había mucha oscuridad. Flavia pudo ver entonces a un hombre, tirado en el suelo, atado de pies y manos y que gritaba desesperadamente.

—¡Dios mío! —se aterrorizó ella— ¿Qué le ha pasado a ese pobre

desgraciado?

—No tan desgraciado como piensas —contestó Oakland—. Se llama Doo Buxtry y en estos momentos está clamando por un cigarrillo de «hierba» y puede que por algo más fuerte.

Buxtry tenía las manos atadas a la espalda y el joven, sin hacer caso de sus protestas, lo volvió boca abajo. De un tirón, le arrancó la manga izquierda de la chaqueta y luego la de la camisa.

Un pálido brazo quedó al descubierto. En el hueco del codo se veían unos puntitos oscuros.

—Se «pincha» —dijo Oakland.

—Suélteme... Suélteme... —pidió Buxtry desesperadamente—. Tengo que volver a mi casa... Usted no tiene derecho a retenerme aquí, contra mi voluntad...

Impasible, Oakland sacó unos objetos del bolsillo y los mostró en alto.

—Doo, tengo «hierba» y «nieve» —dijo—. Te daré todo, cuando te decidas a hablar y me digas quién te pagó por volar el coche de Mark Scrimm. ¿Lo has entendido?

—No puedo decirlo... Me matarían...

—Bueno, no tengo prisa. Ya hablarás, descuida.

Había llevado consigo un pequeño transmisor de radio y lo puso en el suelo.

—Cuando quieras hablar, grita; yo oiré tu voz en un receptor que tengo en mi casa —

indicó.

Flavia había vuelto a salir fuera.. Estaba muy pálida y el horror se reflejaba en su rostro.

—¿Cómo sabe que ese desgraciado es el que asesinó a Scrimm? —preguntó.

—Scrimm murió antes de usar la llave de contacto. Por tanto, deduje que alguien le había estado espiando desde algún lugar donde podía ver sin ser visto. Empecé a rastrear y encontré varias colillas de marihuana. También encontré dos pisadas y tomé los moldes. Estos

coinciden en todo con los zapatos que usa Buxtry. Anda, vamos a casa y allí continuaremos hablando.

Flavia se dejó caer sobre el sofá. Las piernas le parecían de mantequilla.

¿Buxtry lo hizo? —preguntó, desmadejada.

Oakland le entregó una copa.

Toma un traguito —aconsejó— Sí, lo hizo él. Es más, he estado en su casa y he encontrado el transmisor de radio, con el que envió la señal mortífera, que hizo explotar la carga y el napalm.

—¿Qué piensas hacer ahora? Tendrías que entregarlo a la policía, me parece...

—¿Habéis hablado vosotros con algún policía?

Flavia desvió la mirada.

—La verdad es que preferimos mantener el asunto en secreto - contestó.

—Lo mismo estoy haciendo yo. Es evidente que Buxtry fue contratado por alguien para matar a Scrimm. Simplemente, quiero conocer el nombre de esa persona.

Suponiendo que él quiera hablar.

—Oh, sí, hablará. Ya está empezando a notar el síndrome de abstinencia de la droga.

Puede negarlo, pero las pruebas son evidentes y, por si fuese poco, encontré entre sus ropas una jeringuilla y droga para media docena de dosis, sin contar con un buen puñado de «hierba». Cuando no pueda resistir más soltará la lengua, tenlo por seguro.

Flavia se sintió muy impresionada por aquellas palabras.

—Debe de estar padeciendo horriblemente —supuso.

—El se lo ha buscado. Los paraísos artificiales de la droga se convierten muy pronto en un infierno.

De repente, se oyó un terrible chillido:

—¡Oakland, venga! ¡Quiero hablar! Pero tráigame la jeringuilla...

El joven cambió una mirada con Flavia.

—¿Qué te había dicho? —sonrió—. Bien, se me aguardas un momento, prepararé una inyección y se la pondré yo mismo.

Diez minutos más tarde, volvían al barrancón. Flavia se espantó al ver el horrible aspecto que ofrecía Buxtry.

—La jeringuilla... por favor —imploró el sujeto.

Inflexible, Oakland la mantuvo en alto.

—La dosis está preparada —manifestó—. Habla primero, Doo.

—Se..., se llama Parnton... Emil Parnton... Vino a buscarme al bar de..., al Eva's. Me pagó cinco mil... dólares...

—¿Dónde vive Parnton?

—No lo sé... Sólo le vi una vez...

—¿Puede describirlo, al menos?

—Es... de mediana estatura, achaparrado... tiene la frente muy estrecha y unas cejas espesas como cepillos... Hombros anchísimos; debe de pesar más de cien kilos y tiene una fuerza descomunal...

Oakland se volvió hacia la muchacha.

—¿Conoces a alguien con esas características personales?

—consultó.

Flavia hizo un gesto negativo.

—No, en absoluto —respondió.

—Bien, ya lo encontraremos. El aspecto de Parnton debe de llamar mucho la atención y alguien me dirá seguramente dónde puedo encontrarlo. —Oakland pensaba en la *barmaid* pelirroja. Si Parnton había estado en el Eva's, quizá Sheila...

—Por favor... —gimió Buxtry.

Oakland se arrodilló a su lado y le aplicó la inyección. Luego se puso

en pie.

—¿No me suelta? —preguntó Buxtry—. Le he dicho todo lo que sé...

—Sí, pero, comprenderás, no voy a soltarte tan pronto. Tendrás que caminar a pie un ratito.

Oakland volvió a salir del barracón. Miró a la muchacha, levantó la jeringuilla un instante y luego la arrojó contra un pedrusco, de modo que se rompiera en mil pedazos.

—Era agua destilada —bisbiseó.

Flavia levantó las cejas.

—Lo notará —dijo.

—Hay algo que se llama autosugestión, encanto —respondió él maliciosamente—. Bien, voy a preparar el helicóptero.

—¿Adónde vas ahora? —se asombró ella.

—Dejaré a Buxtry en medio del desierto. Si se muere de sed o le pica una serpiente de cascabel, me es indiferente.

—Norman, no puedes ser tan cruel...

Oakland se revolvió casi con ferocidad.

—Hablas de crueldad —barbotó —, ¿Qué crees que hizo ese miserable? Por conseguir dinero para su maldita droga, mató a un hombre inocente. Ahora yo debería haberle pegado un tiro y habría acabado así con una existencia arruinada y que no producirá ningún beneficio a nadie.

—A pesar de todo, no eres un juez para condenarlo —insistió Flavia.

—Lo sé, pero no debes preocuparte. Saldrá de ésta; el desierto no es tan grande como parece y las serpientes venenosas escasean más de lo que te imaginas. Una veintena de millas a pie le harán sudar la droga y puede que hasta le curen. De todas formas, no voy a tenerle siempre encerrado en casa ni tampoco puedo permitir que ponga a Parnton sobre aviso.

Oakland se echó a andar hacia el cobertizo. Ella le siguió.

—Tengo que decirte algo, Norman —declaró inesperadamente.

—Muy bien, habla, te escucho.

—El chantajista quiere mi dinero dentro de tres días. Me lo comunicó hoy por teléfono.

—¿Hombre o mujer?

—No estoy segura...

Oakland había abierto ya el hangar y se dispuso a remolcar fuera el helicóptero. Miró a la muchacha y sonrió.

—Voy a darte un consejo, Flavia —dijo.

—¿Sí?

—Cuando vuelvas a tu casa, empieza a recortar trozos de periódico, del tamaño de los billetes de cien dólares, más o menos. Prepara treinta fajos, cada uno de los cuales debe tener cien billetes. Recortes de periódico, claro. Y cuando lo tengas todo listo, avísame.

—Me pasaré la noche con las tijeras y los periódicos —sonrió ella—. ¿Puedo saber en qué consiste la trampa que, supongo, piensas tender al chantajista?

—Lo sabrás en su momento —contestó él.

Terminó de enganchar el remolque y trepó al «jeep». Accionó la llave de contacto y, en el mismo momento, se oyó un fuerte estampido.

Oakland apagó el motor en el acto. Sonó otra detonación.

—¡Quieta! —gritó él, a la vez que saltaba al suelo.

Corrió hacia la salida y se asomó cautelosamente. Un hombre apareció en la puerta del barracón, con una pistola en la mano.

El sujeto vio a Oakland y disparó un par de tiros en aquella dirección. Oakland dio un salto hacia atrás inmediatamente.

—Norman... —dijo ella, temerosa.

—No te muevas.

Oakland vio al desconocido acercarse a los dos coches, el suyo y el de Flavia, y deshinchar las ruedas de los costados de sendos balazos. Luego corrió hacia otro automóvil que tenía en las inmediaciones, se

metió en su interior y salió huyendo a toda velocidad.

Flavia lo vio desde el interior del hangar.

—¡Se va a escapar, Norman! —gritó.

—No lo creas —contestó él.

Había un armario en un rincón del hangar y lo abrió, extrayendo algo que dejó petrificada de asombro a la muchacha. Oakland cargó con aquellos objetos y se situó en la explanada. Separó las tres patas de un trípode y apoyó en él un rifle de aspecto pavoroso.

La residencia de Oakland estaba en una hoya de pendientes muy suaves. Para salir hacia la ciudad, era necesario remontar una cuesta apenas perceptible.

Oakland se inclinó sobre el rifle y miró a través del visor telescópico, con el dedo sobre el gatillo. Flavia contuvo la respiración.

El coche del fugitivo llegaba en aquel momento a lo alto de la pendiente, casi a una milla de distancia. Oakland apretó el gatillo.

Absorta, Flavia casi no oyó la detonación. El automóvil se recortaba ahora nítidamente contra el cielo. Pareció que iba a pasar al otro lado, pero, de pronto, empezó a dar bandazos.

Un segundo después, giró bruscamente en ángulo recto y volcó, dando varias vueltas espectacularmente. Bruscamente, se vio surgir una enorme llamarada.

Flavia gritó sin poder contenerse, Oakland se separó del trípode y la miró un instante.

Luego echó a correr hacia el barracón. A los pocos momentos, regresó junto a la muchacha.

—Buxtry está muerto —anunció.

Ella estaba muy pálida.

—¿Y el otro?

—Ahora lo sabremos.

Oakland desenganchó el «jeep» y corrió hacia el lugar donde se consumía el automóvil volcado. Momentos más tarde, regresó junto a

la muchacha.

—También —dijo escuetamente.

Flavia se tapó la cara con las manos.

—Esto es horrible —dijo—, ¿Por qué. Norman?

El joven exhaló una risa amarga.

—¿Por qué? Por dinero, naturalmente.

—Pensé que se trataba de despecho...

—Y puede que sea uno de los motivos, pero no el único —contestó Oakland—. Si se trata de despecho, parece indudablemente que alguien quería o esperaba llegar más alto en la Golden Octogon. Eso le hubiera reportado, lógicamente, notables ventajas económicas. Al no conseguirlo por propios méritos, trata de alcanzarlo por otros procedimientos.

—Pero si se da cuenta de que le tiendes una trampa, querrá vengarse de mí...

—Trataremos de evitarlo, no te preocupes.

Flavia suspiró.

Estoy empezando a creer de veras que no tienes sangre en las venas —dijo, algo más aliviada.

—No, ¿eh? Te sorprendería si pudiera hacerte una demostración de que lo que me hierve la sangre en determinadas ocasiones.

Ella le miró y vio algo en su rostro que la hizo retroceder un par de pasos, colorada hasta las orejas.

—No, no quiero que me demuestres nada...

Oakland se echó a reír.

—Bueno, voy a ver si dejo tu coche en condiciones de rodar de nuevo. Luego me ocuparé de dos cadáveres.

—¿Piensas avisar a la policía?

—El desierto es muy extenso —contestó el significativamente.

CAPITULO V

Los ojos de Sheila chispearon al ver de nuevo a aquel joven tan atractivo. Le miró y sonrió atractivamente.

—No pensé que volverlas tan pronto —dijo.

Sólo habían pasado veinticuatro horas. Oakland sonrió también.

—Tengo que hablar contigo, encanto —declaró.

—Arriba tengo un cuartito, donde podríamos charlar sin testigos y en compañía de una botella —propuso Sheila.

—¿Visitas mucho ese cuarto?

—En realidad, vivo allí. Pero no te vayas a creer que cualquiera puede subir sólo con pedírmelo.

—No se me habría ocurrido pensar otra cosa de ti, hermosa.

Sheila se esponjó al oír aquellas palabras.

—Ve por la puerta del rincón, sube al primer piso y entra en la habitación del fondo —

indicó—. Estaré contigo antes de diez minutos.

—Muy bien —contestó él.

La habitación era espaciosa y disponía, además, de una salita y un cuarto de baño propios. Oakland apreció el buen gusto de Sheila para los detalles. El aspecto personal de la pelirroja predisponía a pensar otra cosa de ella, pero, se dijo, podía suceder también que lo hiciese deliberadamente, a fin de atraer mejor a la clientela.

Sheila llegó unos minutos después.

—Perdona —dijo, a la vez que se encaminaba rectamente al baño.

La pelirroja salió al cabo de un rato, envuelta en una bata de felpa, corta, sujetándose el cinturón. Oakland observó que se había limpiado la cara del espeso maquillaje que la embadurnaba. El pelo estaba suelto, libre sobre los hombros. El aspecto, así, resultaba notablemente mejorado y la hacía aparecer con su verdadera edad, menor de la que se podía suponer a primera vista.

—Es un cambio muy notable —dijo Oakland.

—Tengo que llevar un kilo de pintura por obligación. Pero me la quito en cuanto puedo

—contestó Sheila, mientras vertía whisky en dos vasos—. Soy la chica de confianza de Eva; prácticamente, dirijo el local y estoy pensando en comprárselo y convertirme así en su propietaria.

—¿Es un buen negocio?

—No se da mal. Además, aquí suele venir gente tranquila, que no gustan de jaleos ni pendencias. Eva tenía mucho genio en sus buenos tiempos y cortó de raíz unos cuantos alborotos. Eso le ha dado otra clase de fama al local, aparte de la que ya tiene.

—Sí, comprendo.

—La gente viene a buscar contactos, de todas clases. Hay cosas que no me gustan demasiado, pero yo no voy a cambiarlas, ni podría, aunque quisiera. Cada uno es dueño de hacer lo que quiera, siempre que no cause mal a los demás, ¿no te parece?

—Es una excelente política. —Oakland tomó un sorbo de su vaso—, Y ahora, ¿qué te parece si hablamos de nuestros asuntos?

—Empieza —invitó ella.

—Debe de pesar más de cien kilos, de mediana estatura, achaparrado, moreno, frente estrecha, cejas como cepillos, ancho de hombros... Ha estado en el Eva's una vez, hablando con Buxtry.

Sheila se concentró unos instantes. Luego dijo:

—Recuerdo al tipo, aunque sé que es la primera vez que venía por el local. Tengo buena memoria para las caras, ¿comprendes?

—Tu oficio lo exige —sonrió él.

—Sí, el mono estuvo hablando con Buxtry. Luego se acercó a una chica.... Betty, *el Hada*, y se fue con ella.

—Hay hadas en el Eva's —rió el joven.

—Hombre, no. Pero Betty es muy rubia, tiene los ojos azules y parece tan dulce y tan sensitiva... ¿Sabes lo que me recordó cuando los vi juntos?

—La Bella y la Bestia —dijo él.

—Sí, ¿cómo lo has adivinado? —se asombró Sheila.

Oakland pensó que la pelirroja, en algunos aspectos, era muy ingenua.

—¿Cómo van tus relaciones con el Hada? —inquirió.

—Buenas. Yo le he aconsejado más de una vez que deje el oficio. Con su apariencia, podría encontrar un buen esposo, tener unos cuantos chiquillos... Pero no me hace caso.

—Sheila, procura hablar con Betty. Entérate de si fueron a su apartamento o estuvieron en el del mono. Discretamente, por supuesto.

—Lo intentaré.

—Quizá Betty y el mono hayan concertado otras citas, sin necesidad de encontrarse aquí. Averígualo. Si es necesario, ofrécele a Betty hasta quinientos dólares. Te dejaré el dinero, aunque puedes empezar por una cifra más baja, pero no escatimes, ¿entendido?

Para ti habrá una cifra idéntica... y te voy a dar el dinero ahora mismo, a fin de que no creas que te engaño.

Oakland había ido preparado y puso diez billetes de cien sobre una mesa.

—En cuanto sepas algo, procura telefonarme —añadió—. Te dejaré mi número y no te preocupes si no te contesto de inmediato. Tengo grabadora automática.

—Muy bien, pero todavía falta algo.

—¿Sí?

Sheila se le acercó y puso las manos sobre los hombros del joven.

—Por cierto, aún no sé cómo te llamas...

—Norman.

—Es un nombre muy bonito. Norman, mete una mano debajo de la bata.

Oakland lo hizo así.

—No llevas nada debajo —exclamó.

Sheila lanzó una risita.

—A veces, resulta desagradable perder tiempo —contestó.

* * *

Estaba terminando de redactar unas notas, cuando, de pronto oyó en el exterior el

ruido de un coche. Se acercó a la ventana y, asombrado vio que no era Flavia la recién llegada, como habla supuesto en un principio.

Nancy Barlett se apeó del coche, alisándose la falda maquinalmente. Vestía un severo traje sastre, de color gris, con blusa blanca, y su pelo color de bronce, impecablemente peinado, parecía un casco metálico enmarcando un rostro ovalado de irreprochables contornos.

La mujer ofrecía un aspecto realmente distinguido. El bolso y los zapatos eran de piel auténtica de serpiente. Nancy tenía sentido de la elegancia, se dijo Oakland, mientras salía a su encuentro.

—No esperaba verla por mi casa, señora Barlett —sonrió, a la vez que le tendía una mano.

Ella sonrió también.

—Encontré unos cuantos nombres, que me parecieron corresponder a las características que usted mencionó. Pero he preferido traerle los expedientes, a fin de que pueda examinarlos con todo detenimiento. Mejor dicho, fotocopias de los expedientes, ya que los originales no pueden salir de la oficina.

—No sabe cuánto se lo agradezco, señora Barlett. ¿Me es lícito invitarla a una copa?

—Aceptaré con mucho gusto —contestó Nancy.

Entraron en la casa. Nancy se sentó en un amplio diván, situado cerca de una enorme chimenea de piedra, apagada en aquellos momentos.

—Es una casa maravillosa —elogió— ¿Cómo la consiguió, si no es indiscreción?

—Los terrenos pertenecían a mi abuelo. En tiempos, hubo aquí una mina de oro, pero se agotó el filón. Hice que me construyeran la casa

y reparé los edificios anejos. Además de la mina, había también un rancho de caballos, pero mi padre ya no quiso ocuparse del negocio y los vendió todos.

—No se puede negar que es un lugar delicioso. —Nancy agradeció la copa con una leve inclinación de cabeza—. Pero, al verle a usted aquí, se tiene la sensación de que le gusta la vida monacal.

—Oh, no, en absoluto. Simplemente, me retiro aquí, después de guerrear.

—Como Anibal, en Capua.

—Más o menos. Lo que sucede es que Anibal ya no volvió a Capua, cuando empezó su última campaña.

—Entonces, tendré que pensar que es para usted una especie de Shangri-La. Ya sabe, *Horizontes perdidos*.

—Lo tengo presente y, puesto que soy soltero, ¿por qué no vivir aquí, en lugar de residir en la ciudad?

—Hay más de treinta millas...

—Tengo dos coches y un helicóptero.

—Eso cuesta dinero, señor Oakland.

—Lo gano afortunadamente, señora Barlett.

—Es evidente. Y, dígame una cosa, por favor. ¿Qué hace cuando no le encomiendan algún trabajo como el que ahora tiene entre manos?

—Trabajo, naturalmente. Nunca faltan cosas que hacer en la propiedad; esto es, trabajos manuales, que no se me dan mal, por fortuna. Y, en otros momentos, escribo.

—¡Magnífico! Es, incluso, escritor...

—Sí, pero de temas sobre Psicología.

Nancy arqueó sus bien trazadas cejas.

—Le gusta esa ciencia —dijo.

—También tengo mi diploma, como usted.

—¿Quién lo dijera? —Nancy apuró su copa, descruzó las piernas, se puso en pie y alisó la falda con ambas manos—. En fin, tengo que marcharme...

Dio un par de pasos, tropezó con algo y empezó a caer hacia adelante. Oakland tuvo tiempo de sostenerla en sus brazos.

Durante un segundo, sintió contra su pecho el cálido contacto de los senos de la bella visitante. Con el rostro casi pegado al suyo, Nancy le dirigió una sonrisa que expresaba turbación.

—¡Qué torpe soy! —se disculpó— He debido de tropezar con algo...

—La culpa, en todo caso, es mía, por no tener el suelo en condiciones, señora Barlett.

Nancy se separó de él.

—Perdone —insistió—. Ah, tengo en el coche una carpeta con los expedientes.

—Muy bien, vamos allá.

Nancy sacó la carpeta del automóvil momentos después y la puso en las manos del joven.

—Hágame saber sus conclusiones lo antes que pueda —dijo—. A fin de cuentas, me interesa conocer las opiniones de un experto colega, como lo es usted.

—Lo haré a la mayor brevedad posible —respondió Oakland. Tomó ala mano de la mujer y la besó galantemente—. He tenido un gran placer en recibirla en mi casa, señora Barlett.

—Es usted muy gentil, gracias. Buenas tardes, señor Oakland.

El joven quedó en el mismo sitio, con la carpeta en las manos, hasta que vio desaparecer el coche de Nancy en la cresta de la pendiente. Luego regresó a la casa, entró en el salón y contempló durante unos segundos la alfombra.

—De modo que tropezaste con algo que no habías visto —murmuró—. Si sabías que era experto en psicología, ¿por qué recurriste a ese ardid?

Empezó a pensar que la señora Barlett no estaba tan enamorada de su esposo como pretendía.

Estaba en el mejor de los sueños cuando, de pronto, sonó el teléfono.

Adormilado todavía, alargó la mano y asió el auricular.

—Maldición eterna al osado que tiene la desfachatez de despertarme a estas horas —

bramó.

—¡Norman! Si sólo son las once y media de la noche. El día empieza ahora —protestó Sheila.

—¿Cómo que empieza el día, si es de noche? ¿Acaso me has despertado para decirme

incongruencias?

—Hombre, yo quería decir que es ahora cuando empieza la animación... Perdona, no sabía que te acostases tan pronto...

—Normalmente, me echo a dormir a las diez o diez y media, como máximo. Madrugó mucho, porque me gusta y es lo más sano, pero eso no quiere decir que, cuando sea necesario, no sepa perder una noche. Bien, Sheila, y ahora, ¿hablamos de cosas más serias?

—Para eso te he llamado, Norman. Mañana a las seis de la tarde, Betty *el Hada* se reunirá en su apartamento con el mono.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Acabo de enterarme. El mono le ha dicho que no se busque más compromisos a partir de ahora. Le ha dado trescientos dólares, ¿entiendes?

—Ha tomado la exclusiva de sus servicios, ¿verdad?

—Exacto.

—Hay algo que me extraña, Sheila. ¿Por qué retrasa la cita hasta mañana a las seis de la tarde?

—No lo entiendo y ella tampoco ha sabido explicármelo, Norman.

—Está bien. Ahora sólo me falta la dirección del apartamento del Hada. ¿Quieres dármela, por favor?

Oakland apretó la tecla de la grabadora, que dejaba siempre conectada cuando se ausentaba de la casa. Oyó las señas de Betty y luego dio las gracias.

—Eres una chica estupenda, Sheila. Oye, ¿cuánto te falta para poder comprar el Eva's?

—Si dispusiera de seis mil, mañana mismo sería mío.

—Puede que lo consigas, aunque no mañana, pero siempre más pronto de lo que te imaginas. Oye, ¿es de confianza tu amiga, el Hada?

—Sí, desde luego. ¿Por qué lo preguntas?

—Para saberlo, naturalmente —rió Oakland.

Y, en el mismo instante, se oyó un ruido espantoso.

Era como si una docena de timbres de gran potencia sonaran al mismo tiempo. Sheila lo oyó a través del hilo telefónico y se alarmó enormemente.

—¡Norman! ¿Qué es ese ruido?

—No te preocupes, nena; sólo es una alarma contra los ladrones. Alguien quiere jugarme una mala pasada, pero se va a llevar un buen chasco —contestó Oakland.

Colgó el teléfono y saltó de la cama.

CAPITULO VI

Cuando pasaba por el salón, agarró un rifle que tenía al lado de la chimenea y que no era el que había usado con el trípode. Se trataba de un Winchester clásico, aunque no menos efectivo en ciertas situaciones. Luego alcanzó la puerta.

Junto a la entrada, había una caja con una batería de botones, que oprimió en rápida sucesión. Inmediatamente, empezaron a encenderse luces por todas partes.

Los reflectores estaban en el suelo, en las copas de los árboles, en los edificios aislados.

En menos de cinco segundos, toda la explanada quedó brillantemente iluminada, sin que quedara un solo rincón a oscuras.

Un hombre que corría se vio sorprendido por aquel torrente de luz, que había convertido la noche en día. Estaba a unos cuarenta pasos de la casa y se volvió instintivamente.

Oakland vio el rostro. Era la primera vez que contemplaba aquellas facciones y, sin embargo, lo reconoció en el acto.

—Parnton — murmuró.

El sujeto sacó una pistola y empezó a disparar contra la casa. Era una pesada automática, calibre 45, y las balas podían llegar lejos. Oakland tuvo que buscar refugio detrás de las paredes de su casa.

El rifle estaba en sus manos, pero decidió no correr riesgos. A fin de cuentas, su ventaja no era excesiva y no quería jugar la partida, con riesgo de perderla.

Dejó que Parnton se marchara, aunque le disparó luego un par de tiros, que levantaron nubes de polvo por delante del coche. Al menos, le convenía hacer saber al sujeto que también disponía de un arma.

Parnton se perdió de vista muy pronto. Entonces, Oakland se puso unas zapatillas y fue al hangar.

En la puerta había señales de un intento de apertura por la fuerza. Oakland sonrió al comprobar lo efectivo de las alarmas que había hecho instalar. De lo contrario, Parnton habría podido jugarle una mala pasada, provocando una avería en el helicóptero.

—Está bien informado de mis pasos —murmuró, mientras regresaba a la casa, tras haber restablecido el orden en el exterior.

El teléfono sonó de nuevo cuando entraba.

Era Sheila.

—Norman —gritó ella ansiosamente—, ¿cómo te encuentras?

—Muy bien, no te preocupes. Las alarmas espantaron al ladrón, eso es todo.

—Estaba un poco nerviosa...

—Gracias por preocuparte por mí, encanto. Procuraré darte un beso mañana.

—¿Sólo un beso? —se quejó ella.

—Ya veremos. Buenas noches.

Oakland volvió a la cama. En la oscuridad, meditó durante unos momentos, acerca de los pasos que debería dar al día siguiente. Luego, casi sin darse cuenta, volvió a quedarse dormido.

* * *

Eran las diez de la mañana, cuando llegó Flavia en su coche. Llamó a la puerta y entró, al no obtener respuesta.

La casa estaba vacía. Preocupada, volvió a salir al exterior. De pronto, creyó oír un ruido extraño.

Alguien se había zambullido en una piscina. Dio la vuelta a la casa y divisó una enorme alberca circular, que sobresalía más de dos metros del suelo y que tenía casi quince metros de diámetro. Captó movimiento del agua y se acercó a la escalera de hierro que permitía el acceso al borde.

Oakland nadaba perezosamente en el agua transparente. Vio a la muchacha y sonrió alegremente. .

—¿No te apetece un baño? —gritó.

—No tengo un traje a mano...

—Yo tampoco.

Ella se puso colorada.

—Estás desnudo —resopló.

—Claro, no había nadie más... Pero eso no es cosa que importe hoy día. Vamos, quítate la ropa y ven a nadar un poco conmigo.

—Estás loco —dijo Flavia—. ¿Piensas que voy a hacer una cosa semejante?

—¿Por qué no? No serías la primera, encanto.

—Ya me lo imagino, especie de sátiro. Pero no te daré ese gusto, por mucho que te esfuerces. Norman, lo mejor será que te seques y vuelvas a la casa. He tenido noticias del chantajista.

—Muy bien; en seguida estaré contigo.

Ella bajó la escalera y regresó a la casa, sin volver la cabeza atrás un instante. Hacía mucho calor y se preguntó si había hecho bien al rechazar la invitación del joven. Nadar desnuda... él no habría visto gran cosa...

De pronto, volvió sobre sus pasos y trepó al borde de la alberca.

—Norman.

Oakland se acercaba en aquel momento a la escalerilla interior.

—Dime, Flavia.

—No mires... Tengo ganas de darme un baño...

Oakland sonrió.

—Claro, encanto.

—Pero habrás de prometerme que... Bueno, ya me entiendes.

—Sí, preciosa, te entiendo perfectamente, no te preocupes.

Oakland viró en redondo y se alejó sin prisas. Flavia se quitó la ropa rápidamente, la dejó sobre la pequeña plataforma y, unos segundos más tarde, se lanzaba de cabeza al agua.

La alberca, observó, era más profunda de lo que parecía a primera vista. Emergió, sacudió la cabeza y luego braceó con energía, sintiendo una enorme satisfacción al percibir la frescura del líquido en torno a su cuerpo.

—Esto es muchísimo más agradable que bañarse con un bikini —gritó a los pocos momentos.

—Es lo que siempre he pensado yo. Pero, claro, las conveniencias sociales... Ah,

descuida, no lo diré a nadie, Flavia.

—Gracias. De todos modos, sé que eres un caballero.

—«Con sangre en las venas», no lo olvides. Pero también con el suficiente autodomínio para mantenerme firme en todo momento.

—Lo cual es altamente elogiabile. Norman, mañana, a las once de la mañana, debo entregar el dinero.

Oakland dio todavía unas cuantas brazadas. Luego fue al borde y se sostuvo allí con una mano.

—Explícamelo —pidió.

Flavia habló durante unos minutos. Cuando terminó, Oakland hizo un gesto de aquiescencia.

—Hazlo todo tal como te han indicado —dijo—, ¿Has traído el maletín contigo?

—Sí, está en el coche.

—Muy bien, entonces, déjamelos y no te preocupes de más.

—¡Pero tengo que entregarlos yo misma!

—Lo entregarás, te lo garantizo. Flavia, ¿cuál de los dos sale primero?

Ella se puso colorada.

—Pues...

—Sigue nadando —sonrió Oakland—. Yo saldré y te traeré de casa una toalla y un albornoz.

Las prendas mencionadas quedaron sobre la plataforma de la escalera que permitía el acceso a la alberca. Oakland se retiró, cubierto con una bata de baño.

Flavia llegó minutos más tarde. El le entregó una taza de café.

—En el baño tendrás peines y cepillos para el pelo, y también un secador. Hay agua de colonia y polvos talco. Lo demás tendrá que salir de tu bolso, supongo.

—No necesitaré más, gracias. Ah, el maletín está en el coche. Pero me gustaría saber la trampa que le vas a preparar al chantajista —dijo la muchacha.

—Para saberlo, tendrás que esperar a mañana —contestó él con una firmeza que la hizo darse cuenta de que ya no obtendría más detalles, por mucho que insistiera.

Minutos más tarde, Flavia se marchó al cuarto de baño. Oakland levantó el teléfono y marcó un número.

—Redmount —dijo alguien pasados unos momentos.

—Tex, soy Norman. Tengo un trabajo para ti. ¿Quinientos?

—Hecho. ¿De qué se trata?

—Escucha atentamente...

Oakland habló durante unos minutos. Cuando terminó, Tex Redmount, un investigador al que Contrataba ocasionalmente, le hizo una pregunta:

—Norman, ¿dónde estarás tú?

Oakland se echó a reír.

—Me verás, pero no me verás. Decifra el enigma, si puedes —contentó jovialmente.

Flavia salió poco más tarde.

—¿Más instrucciones, Norman?

Oakland movió la cabeza.

—Haz, puntualmente, todo lo que te exige el chantajista

—contestó.

—Pero te quedas con el maletín...

—No te preocupes; ya lo tendrás cuando llegue el momento. Una advertencia, muy importante: no se te ocurra abrirlo para nada, después de que lo haya puesto nuevamente en tus manos.

—Sí, lo tendré en cuenta —dijo ella, muy pálida.

Oakland sonrió.

—No temas, no habrá ninguna bomba, como el día en que nos sorprendieron Thomas y sus chicos —aseguró.

* * *

La dueña del apartamento se mostró reticente llegado el momento de abrir. A través del altoparlante interior, Oakland dio su nombre y añadió:

—Me envía Sheila. Abra, Betty, por favor.

La puerta se abrió al fin. Oakland apreció que el aspecto de la joven correspondía en un todo al apodo que le habían dado.

—Sheila me ha contado algo, pero tengo miedo —dijo Betty.

—No tienes que temer nada. Sólo quiero charlar un poco con Parnton. ¿Dijo que vendría a las seis?

—Sí. Ha llamado hace poco y ha confirmado su llegada.

—Muy bien, Betty. ¿Qué te parece mejor: marcharte a dar un largo paseo o quedarte en casa, supuestamente atacada por mí, atada y amordazada?

—Si me marchase, pensaría que le he delatado —alegó ella.

—Magnífico. Entonces, haremos lo segundo. Pero no temas; no haré los nudos fuertes ni tampoco apretaré la mordaza demasiado.

—Tiene una pistola, Norman —advirtió Betty.

—Lo sé. Y por experiencia, además. Pero, repito, no debes de sentir ningún temor.

Oakland consultó la hora.

—Debemos empezar —añadió, dejando en el suelo la maleta que traía consigo.

Unos minutos más tarde, Betty quedaba sujeta a la cama, con un pañuelo sobre la boca. Oakland le dio unas palmaditas en la mejilla izquierda.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

Dejó a la joven sola, cerró la puerta del dormitorio y se dispuso a esperar la llegada de Parnton. Pero no permaneció inactivo mientras tanto.

Alrededor de las seis de la tarde, sonó el timbre de la puerta. Oakland había atado un cordel a la cerradura y tiró un poco, lo justo para que se abriese un par de centímetros.

El recién llegado se encargó de terminar de abrir y cruzar el umbral.

Parnton vio inmediatamente al joven y se llevó su mano al interior de la chaqueta.

—No lo hagas —dijo Oakland tranquilamente—. Puedes, en efecto, sacar la pistola y pegarme un tiro, pero no evitarás que yo te parta por la mitad. La bala y mi dedo índice serían igual de rápidos, ¿comprendes?

Los menudos ojos de Parnton, debajo de unas cejas simiescas, contemplaron el singular artefacto que estaba situado encima de una mesita, sustentado por un pequeño trípode,

y que tenía todo el aspecto de un pequeño cañón, con el tubo de unos diez centímetros de grueso por cuarenta de largo, y provisto de una extraña culata, debajo de la cual se hallaba la mano derecha del joven.

—Hay diez tubos de escopeta, cada uno de ellos cargado con un cartucho de postas —

añadió Oakland—. Anda, cierra la puerta y acércate, con mucho cuidado. ¡Las manos separadas del cuerpo, Emil!

En el rostro del sujeto se advirtió el temor. Sin volverse, Parnton cerró la puerta y luego avanzó muy despacio hacia la mesita.

—Más... más —pidió el joven—. Hasta que tus muslos toquen el borde de la mesa...

Así, muy bien... Ahora, los brazos en cruz... Inclina el torso un poco...

Con gesto veloz, Oakland alargó el brazo izquierdo y sacó la pistola de la funda sobaquera. Los rostros de los dos hombres estaban a pocos centímetros de distancia y, en el de Parnton, había abundantes gotas de sudor.

—Ahora puedes enderezarte, pero no bajes los brazos

—indicó Oakland.

—Está bien —dijo Parnton—, ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Fuiste a mi casa, para provocar una avería en el helicóptero, de modo que pudiera estrellarme, cuando se me ocurriera usarlo. Puesto que resulta obvio que no actúas por tu cuenta, alguien tuvo que pagarte para que lo hicieras. Dime el nombre y te dejaré marchar.

—¿Y si me niego?

—Apretaré el gatillo... de tu pistola. —Oakland sonrió— No es un cañón múltiple, sino un telescopio, al que he quitado el objetivo, el cristal más grande, para que lo sepas.

La boca de Parnton se deformó en un gesto de rabia infinita al darse cuenta de que había sido engañado. Fue a decir algo, pero Oakland alargó la mano izquierda y apoyó la boca del cañón de la pistola en su estrecha frente.

—Esto no es una trampa —dijo severamente—. Habla o esparciré tus sesos por la habitación.

CAPITULO VII

Hubo un intervalo de silencio. Parnton bizqueó para mirar el arma que se apoyaba en su frente. El índice de Oakland empezó a curvarse sobre el gatillo.

—¡No! —chilló repentinamente—. Baje el arma, se lo diré todo...

—Habla —exigió el joven.

—Se llama Thomas, Heck Thomas. El fue quien nos contrató a Sharkey Hardigan y a mí...

—¿Quién es Hardigan?

—Murió en su casa.

—Ah, el tipo que eliminó a Buxtry.

—Sí.

—A Buxtry le contrataste en persona. ¿Conocías sus «aficiones»?

—Claro. De otro modo, no habría ido a buscarle.

—Sin duda, no ignorabas que era un drogadicto.

—Por eso mismo le contraté.

—Claro, necesitaba dinero para su vicio. Pero cuando te enteraste de que yo lo había capturado, avisaste a Hardigan para que fuese a matarlo.

—Era lógico, ¿no?

—Admiro tu cinismo, Parnton —dijo Oakland—. De modo que fue Thomas el que os contrató.

—Ya se lo he dicho antes —contestó el sujeto malhumoradamente.

—¿Te pagó mucho?

—Cinco mil.

Oakland silbó.

—No cabe duda, alguien que sabe gastarse el dinero. Me gustaría saber por qué os contrató Thomas a Hardigan y a ti.

—Tenemos buena fama —dijo Parnton.

—Las cosas que uno tiene que oír hoy en día. Unos tipos se dedican a matar a la gente profesionalmente y, encima, dicen que tienen buena fama. Será de asesinos, claro.

Bueno, Emil, mucho me temo que la sociedad va a quedar disuelta para siempre.

Parnton se alarmó.

—¿Va a matarme? —chilló.

—Te lo merecerías, pero no puedo hacerlo a sangre fría.

Súbitamente, Oakland retiró la mano izquierda, pero, al mismo tiempo, golpeaba la mandíbula de Parnton con la derecha cerrada. Fue un golpe seco, muy hábil, de abajo arriba y dirigido justamente al vértice de la mandíbula.

Parnton se desplomó fulminado. Oakland puso el seguro en la pistola y la guardó en la pretina del pantalón.

A continuación, volvió el telescopio al maletín en que lo había traído. Seguidamente, fue al dormitorio y desató a Betty.

—Nos iremos ahora —murmuró—. El apartamento es alquilado, ¿verdad?

—Sí —contestó ella.

—Parnton iba a darte trescientos dólares. —Oakland puso una cantidad similar sobre la cama—. Al menos, no pierdes ese dinero —

añadió sonriendo.

—Puedes sacar provecho de él — dijo Betty maliciosamente.

—Gracias. Un consejo; será mejor que cambies de dirección cuanto antes. Simple precaución, ¿comprendes?

Parnton empezaba a rebullir. Antes de que recobrase la consciencia por completo, Oakland trajo un vaso con agua, que el sujeto bebió sin darse cuenta apenas de lo que hacía. Disuelto en el líquido, había una droga sedante, no bastante para hacerle dormir, pero sí para anular sus reacciones.

Salieron a la calle juntos. Oakland lo sostenía por un brazo. Cuando Parnton recobró la consciencia por completo, estaba en la residencia del joven, atado de pies y manos.

Oakland le miró divertidamente.

—Querías ponerme una trampa en el helicóptero —dijo—. Bien, ahora sabrás lo que es volar en uno de esos cacharos.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó Parnton, completamente desmoralizado.

—Te dejaré en el desierto. No morirás, te lo aseguro, pero pasarás unas cuantas horas muy amargas. Así podrás reflexionar sobre lo que podría sucederte si intentases atacarme de nuevo. Entonces, volvería a capturarte y te dejarla otra vez en el desierto, pero atado a cuatro estacas, como en los tiempos antiguos, cuando los apaches merodeaban por estas tierras.

—Ahora estoy atado...

—Hasta que sea de día y pueda volar —sonrió el joven.

* * *

Con la maleta en la mano, Flavia esperó la llegada del autobús. Eran las cinco y treinta en punto de la tarde y el vehículo llegó apenas un minuto más tarde.

Flavia subió, puso una moneda en la ranura y se sentó en el octavo banco, a contar de la entrada y a la derecha. La maleta quedó en el suelo, a su izquierda.

Había poca gente en el autobús. Dos monjas, una mujer de mediana

edad y un matrimonio maduro, ambos con gafas. El leía el periódico, mientras ella parecía abstraída en una revista de modas.

En la siguiente parada, subieron dos hombres. Uno de ellos necesitaba usar una muleta y cojeaba visiblemente. Aparentaba unos cuarenta años y era casi completamente calvo.

El lisiado ocupó un asiento situado tres filas más adelante del que ocupaba la muchacha.

El otro, un hombre de edad, con barba entrecana, se sentó a la cola del autobús.

Flavia se sentía muy nerviosa. Estaba siguiendo puntualmente las indicaciones del chantajista. Ahora tenía que apearse en la próxima parada y dejar la maleta con el dinero en el sitio que estaba. Se preguntó cuál de los pasajeros podía ser el chantajista. Oakland le había advertido de la casi seguridad de un disfraz.

¿Cuál de ellos era?

Las monjas... La mujer de media edad, con aire de solterona amargada... ¿El hombre casado con su esposa? O tal vez el cojo... No; era el anciano que estaba en la cola del

autobús. Cuando ella se hubiese marchado, el viejo, en la siguiente parada, pasaría junto a su asiento y se llevaría la maleta...

El autobús se detuvo. Subieron varias personas más, pero Flavia no las vio. Sin poder contenerse, permaneció en la parada, hasta que vio arrancar el vehículo.

El cojo se levantó y retrocedió tres filas de asientos. Flavia se dio cuenta de que la miraba burlonamente. Pateó el suelo con rabia, pero el autobús se alejaba ya.

—Norman, maldito, ¿dónde estás? —dijo ella, exasperada.

Oakland habló a través de un diminuto transmisor.

—Tex, es un tipo de unos cuarenta años, calvo y con una muleta metálica —avisó.

—Está bien —contestó Redmount.

El ayudante de Oakland arrancó en un coche de color discreto y siguió al autobús dos paradas más. Allí se apeó el supuesto cojo.

—Cuidado con la muleta —avisó el joven—. Puede ser también una escopeta.

—Lo tendré presente.

El cojo parecía haber recobrado de pronto el uso de su pierna, aunque no por ello soltó la muleta. Tranquilamente, echó a andar a lo largo de la acera, con el maletín en la mano.

—Le estoy siguiendo —dijo Redmount por la radio—. Acabo de ser testigo de un milagro: el cojo ha sanado repentinamente. Pero, dime, ¿dónde diablos estás tú?

Oakland lanzó una alegre carcajada.

—En el autobús, hombre. ¡Soy el conductor!

Redmount se echó a reír también.

—No lo pierdas de vista, Tex —dijo el joven—. En la próxima parada, este cacharro va a sufrir una avería. Seguiré en contacto por radio.

—Descuida, Norman.

La gorra y la chaquetilla de uniforme fueron a parar a una papelería, Oakland se reunió con su ayudante, situado frente a una casa de apartamentos, con jardín ante la fachada.

—Ha entrado aquí —dijo Redmount—. Sin embargo, ignoro cuál es el apartamento.

—Pronto lo sabremos. Espera unos momentos y verás.

La casa tenía solamente cuatro plantas y cada apartamento disponía de una amplia terraza. Un coche se paró a los pocos momentos y su ocupante, un hombre alto y apuesto, cruzó el sendero de falsas losas de piedra, para desaparecer en el interior del edificio.

—Esa cara me parece vista —comentó Oakland.

—Yo no le conozco —respondió Redmount.

—Echa un vistazo a la matrícula, Tex.

Redmount se apeó del coche, anduvo una veintena de pasos y luego retrocedió.

—Hablaré con un sargento de tráfico amigo —dijo.

—Muy bien.

Repentinamente, una espesa nube de humo verde empezó a salir por una de las ventanas, situada en la segunda planta.

—La trampa ha funcionado —exclamó Oakland alegremente—, Anda, vamos a ver si le ponemos la mano encima.

Los dos hombres se apearon y entraron en la casa rápidamente. Dado que el

chantajista estaba en un segundo piso, no necesitaron el ascensor.

En la escalera se cruzaron con el hombre alto y apuesto que había entrado en la casa minutos antes. El sujeto les dirigió una cortés sonrisa y siguió su camino.

Oakland encontró bien pronto la puerta que buscaban. Abrió con grandes precauciones. El humo se disipaba ya.

En el suelo, había un hombre al que había visto poco antes con una muleta en las manos. En la frente del individuo había un orificio del que manaba todavía abundante sangre.

—Hemos llegado tarde —dijo.

Redmount lanzó una exclamación de rabia. La maleta, situada encima de una mesa, despedía todavía un poco de humo, procedente del bote de señales que había sido activa-do en el momento de levantar la tapa.

La puerta que daba a la terraza, estaba abierta de par en par. Era evidente que el chantajista la había abierto al ver salir el humo. Luego se había vuelto, justo a tiempo de encontrarse con una bala en medio de la frente.

—¿Por qué? —preguntó Redmount.

—Alguien estaba aquí con él y se percató de que el humo lo delataría —contestó el joven—. Por supuesto, ya se habían dado cuenta de que no había dinero en la maleta, pero ello les indicó que les habíamos seguido. El asesino dedujo rápidamente que ya conocíamos al falso cojo y decidió eliminarlo de un balazo en la frente.

—Para que no pudiera hablar.

—Exacto.

Una sirena se dejó oír. Alguien había avisado a la policía, alarmado sin duda por el humo verde.

—Norman, no podemos marcharnos sin despertar sospechas — dijo Redmount—. Nos guste o no, tenemos que quedarnos para enfrentarnos con los policías.

Oakland asintió.

—De acuerdo, pero déjame llevar la voz cantante —respondió.

* * *

Sentíase frustrado y amargado. Su plan había fracasado y, lo que era todavía peor, había puesto en peligro la vida de la muchacha. No sabía cómo justificarse y, pese a ello, decidió ir a visitarla, para exponerle sus preocupaciones.

«Al menos, no quiero que piense que rehúyo enfrentarme con ella», se dijo, mientras llamaba al timbre de la puerta.

Flavia en persona acudió a abrirle.

—Tienes muy mala cara —dijo.

—He fracasado. El chantajista está muerto. Quiero decir, el que se llevó la maleta con la trampa.

Ella se puso una mano en la boca.

—¿Lo dices en serio?

Oakland asintió.

—Sí. ¿Tienes un trago?

—Claro.

Flavia le entregó una copa a los pocos instantes. Oakland bebió un par de sorbos y luego explicó sin rodeos todo lo sucedido.

—Llegamos tarde, pero... ¿cómo podíamos imaginarnos que había un compinche aguardándolo? Este, sin duda, se dio cuenta de que podíamos reconocer al falso cojo y decidió cerrarle la boca de un tiro. Sin duda, empleó silenciador, porque no oímos el ruido del disparo —

concluyó.

—Pero vosotros entrasteis en el apartamento muy pronto. ¿Cómo pudo escapar el asesino con tanta rapidez?

—No lo sé. Quizá se escondió en algún apartamento vecino, arriba o abajo... Flavia, créeme que lo siento. Lo siento como no puedes imaginarte. Ahora, el chantajista, es decir, su socio, querrá desquitarse contigo...

—¿Crees que tratará de asesinarme?

Oakland guardó silencio un momento.

—Mi ayudante ha venido conmigo —dijo al cabo—. Está aguardando afuera. Se quedará contigo para protegerte. Confía en él; es de toda confianza y, además conoce muchos trucos. No te sucederá nada, te aseguro.

—Si tú lo dices...

—Puedes estar tranquila —insistió él—. Pero, de todas formas, tengo una buena pista.

—¿De veras?

—Resulta que Heck Thomas, aunque yo no había sido capaz de imaginármelo, está metido hasta el cuello en el asunto. Tendré que buscar la ocasión para enfrentarme con él de nuevo.

—Ten cuidado —aconsejó Flavia.

—Empiezo a conocer a Thomas —sonrió él.

Momentos después, dejaba la casa. Redmount se apeó del coche y le miró fijamente.

—Cuídala, Tex.

—Vete tranquilo, Norman.

CAPITULO VIII

Como todas las mañanas, Hadroe Coley, director de mercados de la Golden Octogon, dio un beso a su mujer, después del desayuno, y luego entró en el garaje, a través de la puertecita lateral que permitía el acceso, sin necesidad de salir de la casa. Coley se sentó detrás del volante y asió la llave de contacto con dos dedos.

Fue lo último que hizo. Detrás de él, había un hombre con una pistola. Coley sintió en la nuca el contacto del arma, pero ya no oyó el disparo. Por otra parte, la pistola tenía silenciador y no se produjo apenas ruido.

El asesino tiró de Coley hacia atrás y lo dejó recostado sobre su asiento, evitando así que su cuerpo accionara la bocina. Luego, con pasmosa tranquilidad, se apeó del coche.

La puerta grande del garaje estaba abierta. El asesino salió por el lado izquierdo, opuesto a la casa, doblando la esquina con el costado pegado a la pared. Retrocedió siempre junto al cuerpo del garaje, pasó por la parte posterior del jardín y desapareció en la calle siguiente.

La señora Coley esperó durante unos minutos a que su marido saliese con el coche, para decirle adiós con una mano, como era habitual en ella. Cuando vio que tardaba demasiado, fue al garaje para ver qué le ocurría. No tardó mucho en enterarse de la amarga verdad.

Sobre las diez de la mañana, Oakland fue a las oficinas de la Golden Octogon, con una carpeta en las manos. Nancy Bartlett le recibió de inmediato.

—Le traigo las fotografías —dijo él.

—Oh, no era necesario... Puede quedárselas...

—Gracias, pero ya no las necesito para nada. Pensé que quizá sería prudente devolverlas a los archivos. En todo caso, siempre tengo tiempo de pedírselas otra vez.

—Como quiera —respondió Nancy—. ¿Ha sacado algo en limpio?

—Nada. O todo, como se quiera. Ninguno de los consultados parece ser el chantajista, pero todos pueden serlo, ¿no sé si me entiende usted?

Nancy le dirigió una sonrisa de comprensión.

—Sí es difícil saberlo —convino—. Bien, siento no haber podido hacer más en su favor, señor Oakland.

—En todo caso, tendría que entrevistarme con cada uno de los sospechosos y sostener con ellos largas sesiones de estudio. Demasiado trabajo para unos resultados seguramente negativos. No puedo perder tanto tiempo, créame.

—De todas formas, y si me lo permite, hay uno que a mí me parece muy posible sea el asesino.

—¿De veras?

Nancy eligió uno de los expedientes.

—Este —dijo—. Tengo informes confidenciales de él sobre su afición al juego. Suele acudir con frecuencia a un lugar llamado Money Plus... Oiga, ¿por qué no lo compro-bamos juntos?

Oakland respiró ante la inesperada propuesta.

—¿Quiere decir que deberíamos ir al Money Plus los dos para vigilar al sospechoso?

—Podría resultar muy útil, ¿no le parece?

—Está bien, no hay inconveniente por mi parte. Pero ¿qué diría el señor Bartlett...?

Ella se echó a reír.

—Mi esposo es muy comprensivo. Además, confía en mí —respondió.

—Muy bien. ¿Cuándo le parece mejor la visita al Money Plus?

—¿Esta noche?

—De acuerdo, señora Barlett.

La puerta del despacho se abrió de pronto y el rostro congestionado de Harniman se hizo visible en el umbral.

—¡Oakland! —gritó— ¡Coley ha sido asesinado! Maldita sea, le pagamos para que nos proteja, para que nos defienda de ese miserable asesino... y ya han muerto dos de los nuestros...

Nancy lanzó un gemido y tuvo que sentarse en su sillón. Oakland abrió la boca, estupefacto.

—Coley, muerto —repitió.

—Sí —chilló Harniman—. Y lo que es más, estoy seguro de que ya sé quién es el maldito chantajista.

—¿Puede decirme su nombre?

—Puedo decírselo, sobre todo, porque la policía ya está informada. El chantajista es Flavia Reid.

Nancy se tapó la cara con las manos.

—No me lo puedo creer... Esa chica, tan amable y cariñosa...

Harniman apuntó al joven con su grueso dedo índice.

—Le diré dos cosas, Oakland. Primero, Flavia se negó a cooperar en la cuestión de sus honorarios. Segundo, su padre está en dificultades económicas y hace tiempo nos propuso a los demás socios la compra de su participación en la sociedad. ¿Le parece extraño que, después de todo esto, haya querido esa desvergonzada mujer conseguir dinero por otros métodos?

* * *

—¡No es cierto! —protestó Flavia, visiblemente indignada—, Eso es un infundio de Harniman. ¿Cómo iba a urdir yo una trampa semejante? Además, matando a la gente como moscas...

—Pero no me negarás que Harniman tiene una base para sospechar de ti.

Primeramente —alegó Oakland—, te negaste a pagar tu parte de mis honorarios.

—Sí, pero luego cedí, tú lo sabes bien.

—¿Se lo has dicho a alguien más?

Flavia hizo un gesto negativo.

—No, desde luego —repuso.

—Tampoco me habías dicho que tu padre está en apuros.

—¿Era necesario?

—¿Es cierto?

Flavia volvió la mirada.

—Sí —admitió.

—¿Debe mucho dinero?

—Menos de lo que se piensa la gente. Pero se siente cansado y ya quiere retirarse. Por eso desea vender su participación en la Golden Octogon y no por otros motivos.

—Con el importe de esa venta, cancelará la deuda y obtendrá ciertos beneficios, ¿no es así?

—Esos son sus planes, desde luego.

—Bien, ¿y por qué no ha vendido a alguno de sus consocios?

Flavia lanzó una amarga carcajada.

—Le pagarían menos de lo que tiene derecho a recibir —contestó— Además, no sería una operación al contado. Le pedirían plazos y, ¿quién sabe?, dentro de un año o dos, podría quedarse sin el resto del dinero de la operación total... Por eso prefiere una venta al contado, aunque, en apariencia, consiga menos de lo que vale su parte.

—¿Cuál es el valor actual de la participación?

—Un poco más de dos millones. Papá cedería su parte por uno y tres cuartos. Uno de los socios le ofrece dos y cuarto, pero a pagar en diez años. No interesa, Norman.

—Comprendo. Bien, ¿te ha molestado mucho la policía?

—No demasiado. Se mostraron muy corteses conmigo. Puede que sospechen, es lógico, pero tampoco creen demasiado en las aseveraciones de Harniman.

—Parecía muy furioso esta mañana —contestó Oakland.

—Es lógico. Coley y él eran grandes amigos. Desde chiquillos, para ser más exactos.

—Sí en tal caso, se comprende que esté enfadado.

—Y tal vez con mucho miedo, Norman.

—Probablemente.

Redmount entró en aquel momento.

—¿Molesto? —preguntó.

—No, hombre. Yo ya me marchaba... ¿Sucedó algo, Tex?

—¿Recuerdas el tipo que entró en la casa del chantajista?

—Sí, pero quedamos de acuerdo en que no podía ser él. Según la policía, fue a visitar a una persona y no la encontró en su casa, una tal Rosemary Alderhow, que vive tres puertas más allá del apartamento del chantajista. La señora Alderhow, se ha comprobado, estaba ausente en aquellos momentos, pero no sabe quién pudo ir a visitarla a aquellas horas.

—Todo eso es muy cierto —concordó Redmount—, Pero tú me dijiste que tomase nota de la matrícula del coche de aquel fulano. Lo hacías por precaución.

—Lo recuerdo muy bien, Tex. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Muy sencillo. La matrícula de aquel coche no existe. Sencillamente, era falsa.

* * *

Nancy apareció en la puerta de su casa, ataviada con un traje largo, negro, cuyo escote le llegaba por delante hasta la cintura. Los hombros, prácticamente desnudos estaban cubiertos por una capa de visón.

—Por lo visto, el Money Plus es un sitio elegante —dijo él, cuando Nancy se hubo sentado a su lado.

—Seré inmodesta: yo soy la elegante —rió ella.

—De eso no me cabe la menor duda. Perdón la indiscreción, señora Bartlett...

—Nancy, por favor.

—Muy bien, Nancy. En tal caso, recuerde que mi nombre es Norman.

—Lo sé —sonrió ella—. Iba a decirme algo, creo. ¿Indiscreto?

—¿Qué ha dicho el señor Bartlett cuando se ha enterado de su «expedición» al Money Plus en mi compañía?

—¿Quiere saberlo?

—Sí, claro.

—Pues no lo sé, porque lo atacué por sorpresa y lo até y amordacé, antes de que pudiera darse cuenta de mis intenciones. Ya le diré sus comentarios mañana.

Oakland se echó a reír.

—Tiene usted un humor magnífico, Nancy.

—En estos tiempos, conviene no perder el optimismo. En serio, mi esposo está fuera.

Tiene sus negocios, distintos de los míos, por supuesto. Aunque, si hubiera estado en casa, tampoco habría formulado ninguna objeción. Repito que confía en mí.

—Es maravilloso —suspiró él—. Los dos se aman, no hay posibilidad de divorcio y así yo no la podré conquistar. Naturalmente, no puedo recurrir al asesinato... Habían parado ante un semáforo y se volvió para mirarla—. Aunque el luto le sentaría muy bien —

agregó, malicioso.

—Recuerde, Norman; es una salida profesional.

—Sí, tendré que dejar de lado mis dotes de conquistador. Pero, a veces, sabe tan bien la fruta del cercado ajeno...

—Esta fruta está bien guardada, sin necesidad de cercas —rió ella.

Poco después, entraban en el Money Plus, donde había de todo, desde bebidas y mujeres hermosas, hasta un espectáculo de gran categoría en el escenario. Y las salas de juego, en un local que formaba parte del edificio, independiente del resto.

Norman y la señora Bartlett se dirigieron de inmediato a la sección de juegos. Oakland compró unos cientos de dólares en fichas. Luego se acercaron a una de las mesas de ruleta. El joven puso una ficha de cien dólares al azar.

De pronto, se puso rígido.

Acababa de ver un rostro conocido. ¿Qué hacía Heck Thomas en aquel lugar, se preguntó.

Thomas le vio también y frunció el ceño. Los dos hombres se miraron con expresión desafiante. Oakland presintió que la noche no terminaría de forma pacífica.

El *croupier* cantó una jugada. Nancy palmoteó.

—¡Norman! ¡Ha acertado un pleno!

Oakland volvió la mirada a la mesa. Sus cien dólares se habían convertido, inesperadamente, en tres mil quinientos, al ganar una apuesta treinta y cinco veces

superior a la cantidad originalmente apostada.

—Bueno, lo dejaré en el mismo sitio —sonrió.

El *croupier* recitó las frases de ritual y luego lanzó la bolita.

Pasaron unos segundos. Nancy, fascinada, vio que se había repetido el juego.

—¡Increíble! ¡Otro pleno!

Sonaron murmullos de asombro. Los tres mil quinientos dólares del joven se habían convertido, de golpe y porrazo, en ciento veintidós mil quinientos.

Thomas frunció el ceño. El *croupier* le consultó con la mirada. Thomas hizo un gesto apenas perceptible.

—¿Desea continuar, señor? —consultó el *croupier*.

Oakland retiró una enorme pila de fichas.

—Dejaré el resto —respondió.

Ahora quedaban unos diez mil dólares. Naturalmente, ya no hubo un tercer acierto.

Pero todavía ganaba bastante más de cien mil y, estaba seguro, al dueño del local no le iba a gustar en absoluto.

—Nancy, compartiremos las ganancias —dijo—, A fin de cuentas, usted me ha traído la suerte...

Ella no le contestó. Oakland se dio cuenta de que tenía la vista fija en uno de los jugadores.

El joven sintió un codazo.

—Ahí lo tenemos —susurró Nancy—. Y no hay más que verle la cara, para saber que está perdiendo hasta la camisa. No tendría ninguna importancia, si Sheldon Denshell no fuese ayudante del cajero, ¿verdad?

Denshell era el sospechoso. De pronto, levantó la vista y vio a Nancy.

El sujeto se alarmó en el acto. Bruscamente, se puso en pie y se dirigió con paso rápido hacia los servicios.

Oakland puso las fichas en las manos de Nancy.

—Guárdelas —dijo— Volveré en seguida.

Caminó velozmente detrás del sospechoso. De pronto, Heck Thomas le cerró el paso.

—Oakland, no quiero que moleste a mis clientes —dijo ceñudamente.

CAPITULO IX

Las mandíbulas del joven se cerraron de golpe.

—Apártese —dijo—. No me corte el camino o le partiré en dos.

Thomas sonrió burlonamente.

—Muy bien, si lo prefieres así...

Dio un par de pasos en sentido lateral y extendió el brazo.

—Adelante, siga, Norman.

Oakland vaciló un instante.

—¿Es suyo el Money Plus?

—¿Ahora se enterá?

—Tengo algo de prisa. Volveremos a vernos, Thomas.

—Cuando guste, Oakland.

El joven avanzó hacia la puerta por la misma que había desaparecido Denshell. Abrió bruscamente, dio unos pasos en el interior y, de pronto, se detuvo como si le hubieran atornillado los pies al suelo.

—Hola —dijo Parnton, sonriendo aviesamente.

Oakland inspiró con fuerza. Extrañado, se dio cuenta de que en aquella habitación no había nada parecido a unos lavabos.

—Es un cuarto discreto, de retirada, para los clientes que quieren salir sin ser vistos —

explicó Parnton. Señaló con el pulgar a sus espaldas—. Por esa puerta se sale directamente al estacionamiento de coches.

—Oh, magnífico. La de trucos que aprende uno cada día...

—Todavía le faltan por aprender unos cuantos. —Súbitamente, Parnton sacó una corta cachiporra de plomo, forrada de cuero, y empezó a golpearse la palma de la mano izquierda—, Oakland, tenemos que saldar una cuentecita. No puedo perdonarle las horas que estuve achicharrándome en el desierto.

—La próxima vez, como le prometí, lo ataré a cuatro estacas, a estilo apache.

—No habrá próxima vez. Voy a romperle tantos huesos, que agotará toda la escayola de los hospitales en quinientas millas a la redonda.

Oakland se dio cuenta de que el sujeto disfrutarla sádicamente llevando a la práctica sus palabras. Los golpes de la cachiporra contra la palma de la mano sonaban con siniestros chasquidos.

De súbito, Parnton se lanzó hacia adelante. Cuando bajaba la mano derecha, Oakland alzó la izquierda y asió con dedos de hierro la mano que sostenía la cachiporra.

Cerrando cuatro dedos sobre la muñeca, hizo presión con el pulgar en determinados centros nerviosos. El brazo de Parnton sufrió una terrible sacudida y el sujeto lanzó un agudo gemido de dolor.

Aflojó los dedos. Oakland, sonriendo, le quitó la cachiporra. Volvió a hacer presión con el pulgar y Parnton abrió la boca de nuevo. Entonces, Oakland le metió la matraca en la boca.

Soltó el brazo del sujeto. Antes de que pudiera hacer algo, Oakland le golpeó con las dos manos, la una contra la parte superior del cráneo y la otra contra la barbilla, en sen-

tido contrario.

Parnton «mordió» la cachiporra y le saltaron un par de dientes. Con los ojos vidriados, se tambaleó. Entonces, Oakland le hizo dar media vuelta a le arreó un terrible puntapié en las posaderas.

Parnton salió catapultado con tremenda violencia. A medida que avanzaba, se iba inclinando hacia adelante, hasta que su frente chocó con la puerta discreta. Se oyó un terrible crujido. La madera se agrietó, pero resistió el impacto y Parnton se desplomó sin sentido al suelo.

Oakland sonrió, dio media vuelta y regresó a la sala de juego. Thomas, con un grueso cigarro en la boca, charlaba animadamente con unos conocidos. Vio al joven y estuvo a punto de tragarse el habano.

Oakland hizo un gesto con las manos, como si se las sacudiese de polvo. Luego se acercó a Nancy.

—Creo que es hora de que nos vayamos —dijo.

—Muy bien, pero antes tendremos que cambiar las fichas.

—Por supuesto.

El cajero rezongó al ver aquella enorme pila de fichas. Mencionó un cheque, pero Oakland hizo un gesto negativo con el índice.

—Billetes, hermano, buenos billetes de Banco —exigió.

Suspirando resignado, el cajero puso en sus manos once fajos de billetes de a cien.

Oakland, sumamente satisfecho, regresó junto a Nancy.

—Podemos marcharnos.

—Una noche satisfactoria, en todos los sentidos —dijo ella, cuando ya estaban en el coche.

—Sobre todo, si se piensa en Denshell. Mañana iré a hablar con él personalmente.

Puede que sea el hombre que buscamos.

—¿Lo cree así?

—Es una posibilidad y no debemos dejar de tenerla en cuenta.

Un cuarto de hora más tarde. Oakland detuvo el coche. Nancy le dirigió una larga mirada.

—¿No aceptaría una copa en mi casa? —sugirió.

Oakland contempló unos instantes el fascinante escote de la señora Bartlett. Sonriendo, hizo un gesto negativo.

—Evitemos la tentación —contestó.

Ella pareció sentirse decepcionada. Entonces, Oakland se estiró hacia atrás y cogió cinco fajos de billetes, que puso en el regazo de la mujer.

—¿Por qué me da eso, Norman? —se asombró ella.

—Gracias a usted, he ganado más de cien mil dólares. Es lógico, pues, que compartamos las ganancias. ¡Buenas noches, Nancy!

Ella se apeó, sin creer todavía en lo que sucedía, con los fajos de

billetes en las manos.

Oakland hizo un ademán de saludo y pisó el acelerador.

Era todavía temprano, cuando Sheldon Denshell se dispuso a salir de su casa. Al abrir la puerta, se encontró con un rostro conocido.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—Tengo que decirle algo muy urgente —contestó el visitante.

—Bueno, había tiempo en otro momento... ¿Acaso no lo hice bien anoche?

—Sí, perfectamente. Fue una actuación muy convincente.

—¡Ya lo creo! —protestó Denshell—. Como que me costó más de mil dólares de mi bolsillo...

—He venido a devolverle ese dinero —declaró el visitante.

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, pero lo que sacó no fue un puñado de billetes, sino una pistola con silenciador.

Denshell cayó de costado, todavía con el asombro pintado en su rostro. La boca se le quedó petrificada, abierta en un grito que no había tenido tiempo de emitir.

El asesino se marchó sin pérdida de tiempo. Cuando arrancaba, otro coche se paró a poca distancia.

Oakland frunció el ceño. Aquel coche y su ocupante... ¿no los había visto antes?

Un oscuro instinto le hizo correr hacia la casa. Antes de un minuto, ya sabía que no podría hablar con Denshell.

* * *

Flavia entró en la casa y encontró a Oakland, desnudo de la cintura para arriba, y contemplándose al espejo de cuerpo entero que había en su dormitorio. Vio a la muchacha a través del cristal azogado y le dirigió una alegre sonrisa.

—¿Estás admirando tu propia musculatura? —preguntó ella irónicamente.

—Soy muy narcisista —contestó Oakland—, La verdad, hasta ahora no he visto a un hombre tan guapo como yo.

—Se nota que no tienes abuelita, Norman.

—Estás equivocada. Vive todavía, tiene noventa y tres años y conserva íntegras todas sus facultades. Es una dama encantadora, créeme.

—Entonces, es ella la que te ha inculcado el vicio del narcisismo. Seguramente, babeaba de gusto cuando eras pequeño y te daba todos los caprichos que se te antojaban.

—No puedo negarlo —contestó él. De pronto, agarró algo que parecía un chaleco hecho de grueso paño y empezó a ponérselo—. ¿Qué te trae por mi casa, encanto?

—Noticias, Norman.

—Bien, empieza cuando gustes.

—No, si lo que quiero decir es que he venido en busca de noticias. Yo no sé nada y estoy empezando a ponerme nerviosa.

—No tienes motivos —sonrió él, mientras terminaba de ajustarse el chaleco tan extraño.

—¿No, eh? Entonces, ¿por qué tratan de asesinar-me?

—¿Han intentado atacarte?

—No, pero el chantajista vio que no recibía el dinero...

Oakland se ajustó finalmente el chaleco y buscó una camisa.

—No te preocupes dijo—. Tú ya no corres peligro.

—¿Por qué lo sabes?

—Mujer, te consideran como sospechosa... Siendo así, piensan que la policía te echará el guante. En cambio, yo sí puedo correr riesgo de recibir un balazo.

—¿Cómo lo sabes?

—Voy a una entrevista y no tendrá nada de amistosa.

—Oakland empezó a ponerse los gemelos en los puños de la camisa—.

Heck Thomas y yo vamos a recordar ¡os viejos y buenos tiempos. El vino aquí, me ató, puso una bomba, yo me solté, le devolví la bomba... y anoche, por si fuese poco, le gané más de cien mil dólares a la ruleta.

—¡Qué! —exclamó ella, atónita—. Tú no hablas en serio, Norman.

—Lo juro —dijo Oakland, levantando la mano derecha.

—No me lo hubiera creído jamás. Tú, un jugador...

—Fue algo accidental, puramente fortuito. Créeme, no volveré a tentar a la suerte jamás.

—Pero si viste anoche a Thomas...

—Había demasiada gente a su alrededor. Iré ahora, antes de que abra el local. Money Plus, se llama. ¿Bonito título, eh?

—Sí, muy atractivo. Norman, perdona la indiscreción, pero... ¿padeces de la columna vertebral?

—No, ¿por qué? —preguntó él, sorprendido.

—Hombre, te he visto que te ponías un corsé ortopédico...

—Nena —sonrió Oakland — , no es un corsé, sino un chaleco blindado.

Flavia se quedó estupefacta. Antes de que pudiera reaccionar, Oakland salía ya hacia el exterior.

Un coche llegó en aquel momento. El ocupante se apeó y caminó presurosamente hacia la casa.

—Señor Oakland, ¿puedo saber en qué está pensando usted? —preguntó Harniman—.

¿A qué espera para encontrar al chantajista y asesino? ¿Es que no sabe que hoy mismo ha cometido otro crimen?

—Otro asesinato —repitió Flavia, aterrada.

—Así es, muchacha. Se trataba de Sheldon Denshell, uno de nuestros mejores empleados. Lo han encontrado en su casa con un balazo en la frente.

Oakland frunció el ceño.

—¿Ha dicho que Denshell era uno de sus mejores empleados? — preguntó.

—Puedo garantizárselo...

—Por casualidad, ¿ha leído usted su historial?

—No, y no me hacía falta. Conocía de sobra su reputación y su forma de trabajar, y eso era más que suficiente.

Oakland arrugó el entrecejo.

—Señor Harniman, puede que usted confiara en Denshell. Puede que, efectivamente, fuese un buen empleado. Pero lo que yo vi anoche, no me lo contó nadie, ni se trata de rumores malévolos o de una invención mía. Anoche vi a Denshell en una casa de juego, perdiendo dinero. Cuando él me vio a mí, se levantó en el acto de la mesa y echó a correr como si le persiguiese el diablo. Le aconsejo que eche un vistazo a su expediente.

Pídaselo a la señora Bartlett; se enterará de muchas cosas que hasta ahora desconocía.

Harniman vio que el joven no mentía y se sintió abrumado.

—Me parece increíble... Jamás hubiera pensado que Denshell...

—Era uno de los sospechosos y, después de su muerte, pienso que lo hicieron callar, porque formaba parte de la banda que quiere conseguir dos millones a costa de la Golden Octogon. Ahora estoy seguro de que no se trata de una sola persona, sino de un grupo, tal vez no muy numeroso, que desea conseguir los dos millones a cualquier precio.

El helicóptero estaba ya fuera del hangar. Oakland se acercó al aparato.

—Y ahí, a su lado, tiene a otra de las personas sospechosas — se despidió.

CAPITULO X

Lou Morino abrió la puerta y respingó al reconocer al visitante. Oakland le dirigió una cálida sonrisa,

—¿Qué tal, Lou? Te llevaste un buen susto cuando viste volar el puente delante de tus narices, ¿verdad?

Morino emitió un gruñido. Era el conductor del coche que había volcado al llegar a las inmediaciones del barranco.

—No resultó agradable, ni mucho menos —admitió.

—Sí, me lo imagino, pero ahora, figúrate tú cómo me quedé yo, atado a cuatro pasos de la bomba. No fue un trago agradable, te lo aseguro.

—¿Cómo pudo «apagarla»? Es algo que no he conseguido explicarme todavía.

—El constructor era un tipo muy tosco. Dejó un cable sin conectar. Yo lo conecté y...

Bien, ¿dónde está el jefe?

Morino señaló con el pulgar una puerta situada al fondo. De pronto, lanzó una risita.

—Está allí. Ha consumido medio kilo de bicarbonato y aún no ha pegado ojo desde anoche —contestó—. Le jugó una mala pasada. ¡Cien mil «pavos»! —suspiró el hampón—

. Si yo los pillara...

—Lo mandarías al infierno, ¿eh?

Morino hizo una mueca.

—No me gusta el giro que van tomando los acontecimientos —repuso—. Ya fui a su casa de mala gana y, me crea o no, me alegré infinito cuando vi que había salido ileso de la bomba. Mire, señor Oakland, una cosa es que aquí se hagan trampas o se trafique con cosas de contrabando... Incluso, si el asunto lo precisa, no me importa sacudirle unos cuantos golpes a un tipo remilgado. Pero de ahí a andar «apiolando» a la gente, matándolos como moscas... Mi hermano está de acuerdo conmigo, se lo aseguro.

—¿Tu hermano? No lo conozco.

—Es el *croupier* que le hizo ganar anoche cien mil dólares.

Oakland movió la cabeza varias veces.

—Ya me parecía a mi demasiada suerte... La ruleta tiene «freno», ¿verdad?

—Puede darlo por seguro. A mi hermano no le importa desplumar a los incautos; a fin de cuentas, el que quiere perder dinero, ya sabe lo que se hace. Pero si encima uno pide más sueldo, no se lo quieren dar, protesta y la respuesta es un montón de golpes... Se los dio ese bruto de Parnton, ¿sabe? Mi hermano y yo tomamos anoche una botella de champaña para celebrarlo.

—Celebrar, ¿qué, Lou?

—Parnton tiene la mandíbula rota y un brazo convertido en serrín o poco menos. Se va a pasar una buena temporada en el hospital. Créame, anoche brindamos más de una vez a su salud, señor Oakland.

—Gracias, Lou. Dime, ¿puedo hablar con el jefe?

—Ahora está ocupado. Tiene una visita...

Oakland concibió de repente una idea.

—Lou, ¿dónde está tu hermano?

Morino hizo una señal con la mano.

—Sígame, por favor.

El Money Plus estaba todavía desierto. Oakland siguió a Morino, hasta una habitación, donde había un hombre tendido sobre un diván, con un periódico sobre la cara.

Morino le sacudió por las piernas.

—Despierta, Roddy —exclamó— El señor Oakland está aquí y quiere hablar contigo.

El otro Morino se quitó el periódico y dirigió al joven una amistosa sonrisa, después de haberse sentado en el sofá.

—Celebro sus «ganancias», señor Oakland —dijo.

—Gracias. Ahora no llevo dinero suficiente, pero les enviaré el veinte por ciento en cuanto me sea posible.

—No se preocupe; lo hice de muy buena gana...

—Roddy, insisto —dijo el joven—. Y ahora, una pregunta, por favor; es muy importante, se lo aseguro.

—Lo que usted quiera, señor Oakland.

—Anoche, un tipo que jugaba en la misma mesa, me vio y salió disparado.

—Sí, lo recuerdo. Había perdido mil y pico de dólares y no parecía sentirse demasiado satisfecho.

—Es lógico. Dígame, Roddy. Ese individuo... ¿venía habitualmente por el Money Plus?

El *croupier* hizo un gesto negativo.

—Tengo buena memoria para los rostros y los nombres —contestó— En este oficio, la memoria es algo indispensable. Por eso puedo jurarle que, anoche, fue la primera vez que vi al tipo que usted ha mencionado.

—La primera y última vez también —dijo Oakland—. Hoy lo han asesinado.

Los dos hermanos cambiaron una mirada. Lou emitió un tenue silbido.

—No le matarían para robarle, supongo. Aunque hoy día, hay gente que mata por menos de lo que vale un paquete de cigarrillos —dijo.

—Eso es lo que trato de averiguar. Bien, de modo que Denshell no había estado aquí nunca.

—No, señor —insistió el otro Morino.

—Quizá era habitual de otros casinos —apuntó Oakland.

—Es posible, aunque lo dudo. Se comportaba como un novato. Tengo buen ojo para conocer pronto a las personas.

—Gracias. —El joven se volvió hacia Lou—. ¿Cuándo puedo hablar con Thomas?

—Vamos a ver si se ha despachado ya del visitante.

Lou se marchó y volvió a los pocos momentos.

—Sígame, por favor.

Oakland echó a andar detrás de! sujeto y, pocos momentos más tarde, estaba en presencia del hombre que había intentado matarle días antes.

* * *

Durante unos segundos, los dos hombres se contemplaron recíprocamente en silencio.

Luego, Thomas con forzada sonrisa, abrió una caja de cigarros.

—¿Fuma?

Oakland hizo un gesto negativo.

—Me gustaría, pero siempre me mareo a las cuatro chupadas. Gracias de todos modos.

—Un hombre tan audaz y resuelto... y se mareo con un simple habano —rió Thomas.

—Ni me avergüenza, ni me preocupa —contestó el joven, impasible—. ¿Le importa que me siente, Heck? En vista de su falta de cortesía, tengo que solicitar yo mismo algo que usted debería haber hecho a mi llegada.

—Bueno, siéntese, si está cansado. ¿De qué desea hablarme, Oakland?

—Heck, usted quiso jugarme una mala pasada, para desquitarse de la derrota sufrida en el caso Ewdison.

—Tenía motivos para sentirme resentido —gruñó el sujeto.

—Según su particular punto de vista, claro. Porque no me negaré que lo que pretendía hacer con el señor Ewdison era precisamente una obra de caridad.

—Y a usted, ¿qué diablos le importaba? No tenía por qué haber metido sus malditas narices en mis asuntos.

—Me lo impidió el señor Ewdison, que es un hombre decente, cosa que no se puede decir de usted. Ciertamente, el señor Ewdison cometió un fallo, pero todos estamos expuestos al pecado. Lo que hace falta es saber arrepentirse y evitar la ocasión de caer de nuevo en el mismo error.

—¡Miren el predicador! —se burló Thomas—. Oiga, no me venga

ahora con sermones; no estoy para perder el tiempo. Si tiene algo interesante que decirme, suéltelo y si no, lárguese cuanto antes. ¿Me ha oído?

—Tiene razón —contestó Oakland, sin perder la calma en ningún momento—. No estamos aquí para perder el tiempo. Por ejemplo, podemos empezar a hablar de Doo Buxtry, de Emil Parnton... de los asesinatos de Scrimm, y Coley...

—Yo no sé nada de eso —gruñó el sujeto.

—Sabe más de lo que aparenta, aunque no quiera confesarlo. Heck, le diré una cosa: el asunto Ewdison se pudo solucionar sin derramar una gota de sangre. Ahora, en cambio, se han producido varias muertes violentas y usted está metido hasta el cuello en este caso.

Puede salirse de él, relativamente ileso, si colabora conmigo. De otro modo, puedo asegurarle que lamentará eternamente haberme conocido.

—No me impresionan sus amenazas, Oakland. Si sé o no algo de ese asunto, es cuenta mía. Lo mejor que puede hacer es largarse y dejarme en paz. Puede que la próxima vez estalle la bomba. Créame, recurriré al viejo método de la mecha encendida; anticuado y pasado de moda, pero seguro.

—No debió haber confiado en Buxtry; la droga la hacía cometer errores.

—No fui yo quien le contrató...

Thomas se calló de pronto. Oakland soltó una risita.

—¿Por qué no continúa? Iba a decir que fue Parnton quien lo contrató, ¿verdad? —De pronto, Oakland se inclinó hacia adelante—. ¿Quién le pagó para que suprimiera a Scrimm?

—Se lo diré enseguida —contestó Thomas, a la vez que apretaba un timbre—. Un momento, por favor.

La puerta se abrió al cabo de unos segundos. Lou Morino apareció en el umbral.

—¿Jefe?

—Llévate al señor Oakland al gimnasio y dile a Sholto que le dé una

sesión de entrenamiento de boxeo —ordenó Thomas—. El señor Oakland, probablemente, se negará a acompañarte. Sabes cómo convencerle, supongo.

—Sí, señor, desde luego.

Morino sacó un revólver y lo movió significativamente.

—Vamos, muévase —ordenó.

El joven se puso en pie.

—Volveremos a vernos, Heck.

—Espero que Sholto le persuada de los inconvenientes que se consiguen tratando de meter las narices en mis asuntos —se burló Thomas.

Oakland salió, con el revólver pegado a los riñones. Cuando estuvieron fuera de la habitación, Morino habló en voz baja:

—Tengo que llevarle al gimnasio o el gordo podría sospechar. Pero le daré consejos para que pueda derrotar a la montaña de carne que es Sholto. Le gusta mucho oír el crujido de los huesos, ¿sabe?

—¡Angelito! —murmuró Oakland.

Atravesaron un pasillo y franquearon una puerta, por donde se penetraba a un pequeño gimnasio donde Thomas realizaba ciertos ejercicios para combatir su obesidad, supuso Oakland. Entretenido, limpiando unos aparatos, había un gigantesco individuo, que no pareció prestar demasiada atención a la llegada de los dos hombres.

El sujeto medía más de dos metros y pesaba ciento veinte kilos, calculó Oakland. Tenía el cráneo completamente afeitado y su musculatura, al descubierto, porque estaba desnudo de la cintura para arriba, causaba pavor.

Los ojos del joven captaron en el acto las imágenes de unas porras de entrenamiento.

Oakland decidió que no valía la pena perder tiempo.

El gigante empezaba a volverse apenas, cuando una porra, lanzada con singular habilidad, le alcanzó entre los ojos. Sholto cayó fulminado, sin emitir el menor sonido.

—Es usted rápido, señor Oakland —dijo Morino, admirado.

El joven sonrió.

—Déme su revólver —dijo—. Recuerde, tendrán el veinte por ciento de lo que gané anoche.

—Muy bien, confío en usted.

Morino le entregó el arma. Luego se dejó caer al suelo, agarrándose la cabeza con ambas manos, como si le hubieran golpeado.

—Suerte —murmuró.

* * *

Thomas colgó el teléfono y sacó un pañuelo para enjugarse el abundante sudor que cubría su frente. Maldijo en voz baja, mientras se levantaba pesadamente, para servirse una copa que le hiciera pasar el mal humor que le había acometido a consecuencia de la visita de Oakland.

Por si fuera poco, aquel condenado petimetre le había ganado la víspera más de cien mil dólares. Thomas no alcanzaba a comprender la suerte del joven. Lo peor de todo era

que el suceso se había producido delante de varias docenas de espectadores y no había otro remedio que resignarse a pagar. A fin de cuentas, Money Plus tenía cierta fama y no podía echarla por tierra con una acción comprometedora.

Por otra parte, se dijo, la noticia de la gran suerte de Oakland no dejaría de extenderse.

Sería un incentivo para otros jugadores y ya se encargaría él de que ninguno tuviera la suerte del joven.

Alguien se le anticipó, inclinando la botella sobre el vaso que tenía en la mano izquierda.

—Beba, Heck, le conviene.

Thomas se alteró enormemente. Sonriente, fresco y jovial, Oakland estaba delante de él, apuntándole con un revólver.

—Heck, sólo quiero que me diga una cosa: el nombre de la persona que le contrató para organizar esta serie de crímenes — dijo el joven

—. Mire este revólver; Sholto y Morino están sin sentido. Con usted no emplearé tantos miramientos. Si antes de cinco segundos, no me ha contestado, apretaré el gatillo y usted se irá al infierno.

El revólver se alzó y la boca de fuego se apoyó en su frente. Thomas oyó el ruidito metálico del gatillo que se amartillaba y sintió un pánico espantoso.

—Sólo sé su nombre y el teléfono... No sé dónde vive...

—Suéltelo ya, Heck.

—Benny Chadds... 04-3319.

—Gracias, eso es todo.

Oakland se encaminó hacia la puerta.

—Un consejo, Heck: no avise a Chadds. Mantenga la boca cerrada y todo irá bien para usted —se despidió Oakland.

CAPITULO XI

Nancy Bartlett recibió al joven con la mejor de sus sonrisas.

—Todavía no acabo de creérmelo —dijo—. Cincuenta mil dólares que me vinieron que ni llovidos del cielo...

—¿Le ha dicho algo a su esposo?

—Todavía no. No me atrevo, la verdad.

—Sea sincera —aconsejó él—. No le oculte nada. Además, no sucedió tampoco nada de lo que pueda avergonzarse.

—Sí, será lo mejor. ¿Puedo servirle en algo, Norman?

—Desde luego. Me gustaría echar un segundo vistazo al expediente de Danshell.

—Claro, ahora mismo. Me disculpa un momento, ¿verdad?

Los archivos estaban en otra habitación. Oakland quedó solo en el despacho, mientras Nancy se ocupaba de buscarle el expediente solicitado.

Oakland paseó la vista por el interior de la estancia. Allí faltaba algo.

Tenía buena memoria y solía recordar de forma casi total los detalles de algún lugar o paisaje que hubiera visto con anterioridad. Pero, en aquellos momentos, no conseguía localizar el motivo de la pequeña alteración que apreciaba en la decoración del despacho.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, creyó haber acertado con el detalle.

Sí, eso tiene que ser, pero, ¿por qué lo ha hecho? —se preguntó.

Miró de nuevo a su alrededor. Estaba solo y, sin más, empezó a abrir los cajones de la mesa.

En el de la derecha, abajo del todo, divisó un retrato invertido. En el mismo instante, oyó el ruido de la puerta que se abría y cerró rápidamente, adoptando una postura indiferente.

Nancy entró con una carpeta en las manos.

—Aquí está —dijo—. Perdona la tardanza, pero tuve que solucionar un pequeño conflicto...

—No se preocupe —sonrió él.

Oakland abrió la carpeta y examinó las páginas escritas durante unos momentos. ¿Por qué, en aquel informe confidencial, se decía que Denshell era aficionado al juego?

Pensativo, se mordió los labios. Al cabo de unos momentos, levantó la vista.

Nancy había puesto el pie derecho encima de una silla y tenía la falda subida hasta la cadera. Con gesto aparentemente natural, parecía arreglarse la presilla de la liga que sujetaba una media de seda negra.

Los dos cambiaron una mirada. Nancy, sin variar de postura, sonrió.

—Mi marido estará hoy de viaje —murmuró.

—Creo que estaba locamente enamorada de él —alegó Oakland.

—Y lo estoy. Pero un poco de... «oxígeno» siempre agrada.

—Quiere decir cambiar de... aires.

Ella sonrió maliciosamente.

—¿Por qué no? Además, debo pagarle de alguna forma los cincuenta mil.

Oakland cerró la carpeta y la dejó sobre la mesa.

—Procuraré despejar mi tiempo de trabajos incómodos -dijo.

Ella puso el pie en el suelo y se alisó la falda.

—¿A las ocho?

—No lo garantizo, pero lo intentaré.

De repente, Nancy se le echó encima y, abrazándole con fuerza, le besó ardorosamente. El cuerpo de la mujer se pegó al de Oakland. Ella se movió incitantemente, frotándose contra el joven con gestos llenos de lascivia. Oakland aguantó como pudo aquel ataque y, al cabo de unos momentos, consiguió separarse de Nancy.

—Esto es sólo un anticipo de lo que puedes conseguir a la noche —dijo ella, con ojos muy brillantes.

—El cebo no puede ser más tentador —se despidió Oakland.

* * *

Flavia abrió la puerta de su casa, miró al joven y movió la cabeza con aire pesados.

—Pareces muy preocupado —comentó.

—Lo estoy —admitió él.

—Entra. Te serviré una taza de café. ¿Añado unas gotas de coñac?

—No me vendrían mal, en efecto.

Flavia le condujo al gran salón de la casa y él se sentó en un gran butacón. La muchacha se alejó para preparar el café. Cuando volvió, divisó a Oakland con las piernas cruzadas y una mano sobre la frente.

—Norman —dijo con suavidad.

—Perdona, estaba distraído...

—Tus preocupaciones deben ser muy grandes —sonrió ella— ¿Por qué no te desahogas conmigo? ¿Qué es lo que te sucede?

—Es algo difícil de expresar... Como si tuviera la solución al alcance de la mano, pero sin poder tocarla, porque alguien me la ha atado a la espalda, ¿comprendes?

—Creo que sí. Ves luz en la oscuridad, pero no te sientes capaz de alcanzar la salida,

¿no es así? Y fuera de esa oscuridad, es todo luz, claridad, visión nítida de las cosas...

—Lo dices muy bien —sonrió Oakland—, Flavia, hay algo que no he hecho todavía.

Dijiste que el primer mensaje fue recibido con una grabadora, ¿no es así?

—En efecto, pero si quieres verla, no conseguirás nada. Repetí por segunda vez el mensaje, para enterarme a fondo de su contenido.

Luego, al día siguiente, quise escucharlo de nuevo y ya no pude.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. La cinta corría, pero no salía ningún sonido.

—¿Quieres traerme la grabadora, por favor?

—Sí, desde luego.

Flavia se levantó y volvió a poco con el aparato en las manos.

—Está intacto, tal como lo dejé, después de darme cuenta que ya no había sonido en

la cinta.

Oakland contempló la grabadora por todas partes. Al cabo de unos momentos, levantó la tapa interior y estudió su contenido con gran atención.

—Creo que ya tengo la solución —dijo.

—¿Sí? —exclamó ella ansiosamente.

—Es un truco muy ingenioso y que denota una enorme habilidad. Dentro de la grabadora hay un mecanismo de tiempo, que la pone en funcionamiento, pasado determinado plazo, a gusto del dueño, bien para grabar algo, bien para borrar lo grabado, en este caso, la voz del chantajista. Así pues, durante tu sueño, el mecanismo se puso en funcionamiento y la cinta quedó sin sonido.

—¿Y eso, por qué? —preguntó Flavia, asombrada.

—Ninguno de vosotros sabía si el chantajista era hombre o mujer, a juzgar por la voz.

Pero las técnicas modernas permitirían averiguar muchas cosas, llevando la cinta a un laboratorio bien equipado. Y, sin voz, no hay pistas, ¿comprendes?

—En ese laboratorio se habría podido, tal vez, identificar al chantajista.

—Casi con seguridad —contestó Oakland—, De todas formas, conocemos el nombre de uno de sus cómplices: Doo Buxtry.

—¡Pero está muerto!

—Quizá por haberse comprometido a realizar unos trabajos de su especialidad.

—Comprendo —murmuró ella—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—El chantajista compró ocho grabadoras. Si encontrásemos la tienda donde hizo la compra, para que Buxtry las modificase a su gusto...

El teléfono sonó en aquel instante. Flavia se levantó, escuchó unos momentos y luego miró al joven.

Es para ti —indicó— Redmount.

—Gracias.

Oakland cogió el aparato.

—Dime, Tex.

—Tengo noticias. El número de teléfono que me diste antes, corresponde a una tienda de electrónica de la calle Dieciséis. El nombre del propietario es Benny Shadds. Agárrate bien; Doo Buxtry trabajaba allí como técnico y, según he podido averiguar, hacía maravillas con cualquier cacharrito que tuviera dos transmisores, una pila de voltio y medio y un metro de cable. ¿Sabías que estuvo en Vietman, como jefe de una unidad de comunicaciones y escucha? Allí usaban unos aparatos altamente sofisticados...

—Eso explica muchas cosas —contestó Oakland—. Pero, ¿qué me dices del dueño de la tienda?

—¿Shadds? Oh, apenas va por allí. Prácticamente, la tiene arrendada, aunque todavía no he podido localizar al empleado que la dirige en su ausencia.

—Inténtalo, Tex. Gracias por todo.

—Tendremos que esperar a mañana. La tienda está cerrada.

—No importa. Unas horas más o menos, ya no importan demasiado.

Oakland colgó el teléfono y explicó a la muchacha lo que le había contado su ayudante.

Los ojos de Flavia chispearon.

—Te acercas a la salida del túnel —dijo.

—Sí, y quizá salga mañana mismo. —Oakland consultó el reloj—. Bueno, tengo que hacer algo que no puedo posponer; de lo contrario, te pediría que me invitases a cenar Te veré mañana —se despidió.

—No dejes de llamarme antes, si averiguas algo más —rogó Flavia.

—De acuerdo.

* * *

Cuando salió de casa de la muchacha, eran las siete de la tarde. A las ocho tenía que acudir a la cita con Nancy Barlett. No estaba todavía seguro de lo que debía hacer.

Aquella hermosa mujer, que tan enamorada decía estar de su esposo, ¿por qué, de repente, quería correr una aventura?

Oakland se sabía atractivo y se daba cuenta del éxito que tenía con las mujeres, pero ello no le había hecho nunca perder la cabeza. El instinto le decía que en la actitud de Nancy podía haber alguna trampa.

En tal caso, ¿por qué?

Sentíase desazonado y no acababa de conocer las causas. Mientras tomaba una decisión, pensó que lo mejor era hacer una visita a una persona que la había ayudado bastante y a la que debía mostrar su agradecimiento con algo más que simples palabras.

El rostro de Sheila se iluminó al verle entrar en el Eva's.

—Creí que estabas en las antípodas —dijo—. Has estado un montón de días sin dignarte asomar la nariz por esta casa...

—Por tu casa, Sheila.

—No es mía.

—Lo será muy pronto.

Oakland sacó un fajo de billetes y lo puso en manos de la pelirroja.

—Dijiste que te faltaban seis mil dólares.

Los ojos de Sheila se humedecieron.

—Oh, Norman... ¿Por qué... si yo no me lo he merecido? —gimoteó—. Sólo charlé un poco contigo y te di algo de cariño...

—Y me ayudaste, más de lo que habría podido esperar. Por eso quiero que el Eva's sea tuyo. Además, no debes preocuparte; bien mirado, ese dinero no ha salido de mi bolsillo, aunque tampoco debo reprocharme haberlo conseguido con malas artes.

Sheila sonrió.

—Sí, ya sé que estuviste en el Money Plus y que ganaste una fortuna —dijo.

—¿De veras? ¿Cómo te has enterado de ello?

—Una de las clientes estaba aquella noche en la casa de juego y te vio acertar dos plenos seguidos a la ruleta. Por cierto, ibas muy bien acompañado.

—Lo admito, pero la dama que venía conmigo lo hacía por motivos profesionales.

—¿Ha vuelto a la profesión?

—¿Qué dices, Sheila?

—Bueno, hace algunos años, ella trabajaba aquí, en el Eva's. Yo acababa de emplearme como camarera y Nancy era una de las chicas más solicitadas. Tenía un éxito fabuloso, créeme. No sé si era porque es muy guapa o también porque a los hombres les gusta

estar con una mujer culta, instruida y educada. Debía de estar pasando una mala racha, para agarrarse a esta clase de trabajos.

—De modo que Nancy actuaba aquí —murmuró él.

—Sí, hasta que se casó. El era un hombre muy guapo, apuesto, verdaderamente seductor. Más que tú, y perdona la comparación —contestó Sheila.

Oakland hizo un gesto con la mano.

—No te preocupes —dijo—. ¿Recuerdas el nombre del sujeto?

—Por supuesto. Benny Shadds.

Oakland guardó silencio unos momentos.

La cabeza le daba vueltas. ¡Qué idiota había sido!, se dijo.

Casi todo el tiempo había tenido la solución al alcance de su mano y no había sabido verlo. De no haber sido por el deseo de quedar bien con Sheila, podría haber pasado un tiempo enorme sin haber alcanzado la solución del enigma.

Ella le miraba con gran interés. Adelantó el busto y murmuró:

—Norman, ¿te sucede algo? ¿Puedo ayudarte?

Oakland sacudió la cabeza.

—Ya has hecho bastante —contestó— Ah, una cosa más, por favor.

—Sí, lo que tú quieras.

—Por casualidad, ¿sabes a qué se dedicaba Benny Shadds?

—Era ingeniero electrónico o algo por el estilo, no lo sé con seguridad, Norman.

—Gracias, eso es todo. Sheila, no sabes bien la ayuda que me has prestado. ¿Puedo usar tu teléfono?

—Claro, hombre.

Oakland marcó un número instantes más tarde. Flavia le respondió a los pocos momentos.

—Soy Norman —dijo él—, Flavia, te necesito.

—Está bien. ¿De qué se trata?

El joven se echó a reír.

—He cambiado de opinión y acepto tu invitación a cenar —contestó— Hablaremos durante la cena, ¿te parece bien?

—Me parece magnífico. Por el tono de tu voz, sospecho que tienes buenas noticias que darme, Norman.

—Puedes estar segura de ello. Incluso más. Es casi seguro que todo esté resuelto para mañana. En tal caso, ¿aceptarás bañarte conmigo en la alberca?

—Llevaré el traje de baño —dijo ella.

—Con traje de baño no vale —rió Oakland.

Colgó el teléfono y miró sonriendo a Sheila. Ella meneó la cabeza.

—¿Aceptaré ella bañarse desnuda? —preguntó.

—Ya lo hizo una vez, encanto.

Sheila suspiró.

—¡Qué tiempos vivimos!

Oakland se echó a reír y abandonó el local.

CAPITULO XII

El vigilante nocturno no puso la menor objeción cuando Flavia le dijo que iban a su despacho a recoger unos documentos olvidados. Luego, el ascensor les llevó hasta la planta donde estaban las oficinas de la Golden Octogon.

—Me pregunto —dijo Oakland— por qué, si está en una situación ciertamente privilegiada, no pudo conseguir la fórmula.

—Es bien sencillo. La fórmula y los documentos de la patente están en una caja fuerte especial, con ocho cerraduras. Naturalmente, hay ocho llaves, cada una de las cuales está en poder de un asociado.

—Tendría que reunir las ocho llaves, para poder abrir la caja.

—Exacto. Eso es punto menos que imposible, Norman.

—Si, se comprende que recurriese a un procedimiento más cómodo para conseguir dos millones de dólares.

Poco después, llegaban a las oficinas. Oakland se dirigió directamente al departamento de personal.

Flavia le seguía, ardiendo en curiosidad. Lo primero que hizo Oakland fue buscar el retrato que no había podido ver aquella mañana.

—Bien —dijo—, aquí está Benny Shadds.

Flavia contempló la imagen del rostro que aparecía en la fotografía.

—Ahora usa otro nombre. ¿Por qué?

—Es más distinguido, ¿no te parece?

—Pero el local está a nombre de Shadds...

—Quizá le convenía más de esta forma. Bien, vamos a seguir buscando.

—¿Qué, Norman?

—Ahora lo sabrás, ten un poco de paciencia.

Oakland pasó al departamento de ficheros y no le importó forzar los archivadores, hasta que encontró lo que buscaba.

—Aquí tienes un expediente falseado —dijo, enseñándole el de Denshell—. Este pobre hombre no fue nunca jugador ni cosa que se le pareciese, pero, por causas que ignoramos, tuvo que ayudarles y fue al Money Plus, en donde perdió más de mil dólares.

—Y por eso lo mataron... para que no abriese la boca —dijo Flavia.

—En efecto, así sucedió. Yo creo que ella lo sedujo con sus artimañas.

—Sí, pero ¿por qué? Denshell escapó del Money Plus apenas te vio, Norman.

—Y con ello yo vi al tipo sospechoso, que escapaba para que no pudiera interrogarle.

Eso es lo que pretendía; cargar las sospechas sobre un inocente, lo mismo que las cargaron sobre ti, aprovechando que en un principio no querías pagar tu parte de mis honorarios.

Oakland blandió otra carpeta y añadió:

—Apuesto algo bueno a que este expediente podría servir para canonizar a una persona, según las falsedades que contiene.

—Eso es muy cierto —dijo alguien en aquellos momentos—, Sólo que usted no podrá repetirlo a nadie más, señor Oakland.

* * *

Flavia se volvió y lanzó un grito de terror al ver a un hombre en el umbral de la puerta, con un revólver en la mano. El arma estaba prolongada en el siniestro tubo del silenciador, apareció el joven de inmediato.

Detrás del sujeto surgió la figura de Nancy Bartlett. Ella meneó la cabeza pesarosamente.

—¿Por qué no abandonaste el caso, Norman? —murmuró—. Ahora no vamos a tener otro remedio que matarte. Y a la chica también, para que no pueda servir de testigo algún día.

Oakland fijó la vista en el hombre alto y apuesto que le encañonaba con el arma.

—¿Shadds o Bartlett? —preguntó.

—Lo primero. Bartlett es el apellido de mi mujer, aunque yo lo uso en determinadas circunstancias.

—¿Marcha mal el negocio de la electrónica, Benny? —preguntó el joven.

Shadds hizo una mueca.

—No puedo quejarme, pero trabajo demasiado para unos míseros ingresos —

respondió.

Oakland volvió los ojos hacia Nancy.

—Y ella exige demasiado: ropas caras, joyas, una vivienda lujosa... Con los ingresos conjuntos de ambos no podían costear la clase de vida que ambicionaba y a la cual ya se había acostumbrado, ¿verdad?

—Norman, ¿cómo llegaste a saber...? —preguntó Nancy.

—Notaba algo extraño en el despacho. Al fin, di con ello; la fotografía de tu esposo, que había visto el primer día, cuando me dijiste que estabas locamente enamorada de él.

Pero me crucé con tu marido, el día en que acababa de asesinar a Denshell. Por dos veces lo vi, en un coche con matrícula falsa. Y él me vio también y entonces tú escondiste el retrato.

—No sabías que lo había escondido...

—Registré tus cajones cuando buscabas el expediente de Denshell.

—Cometiste un error...

—No, tú lo cometiste, al engatusar a Denshell, para que desempeñara la comedia de asustarse ante un hombre que no tenía nada contra él. Confieso que sospeché de él y por eso quise interrogarle al día siguiente, pero tu marido ya no le dio tiempo a hablar.

Shadds inspiró con fuerza.

—Supongamos que todo lo que dice sea cierto —exclamó—, ¿Cómo podrá probarlo?

—No me importan las pruebas. Sé que han asesinado a unas cuantas personas y eso es más que suficiente para mí. De todas formas, cuando la policía investigue a fondo, encontrará pruebas en abundancia. Por ejemplo, las ocho grabadoras con mecanismo de borrado automático, pasado un tiempo. Salieron de su tienda, Benny.

—Se venden en muchos sitios...

—Ciertas modificaciones llevan el sello de la persona que las hizo, como si fuesen unas

huellas dactilares. Sólo Buxtry, un auténtico experto, pudo hacer una cosa semejante. Y

Buxtry trabajaba en su tienda, Benny.

—Pero ahora está muerto. ¿Quién podrá relacionarnos con él?

—Heck Thomas —contestó Oakland sin pestañear—. Tuvieron que ponerse en contacto con ese tipo, porque necesitaban sus conocimientos y la colaboración de hombres a los que él podía convencer para que les ayudase. Thomas soltará la lengua, cuando se vea en apuros, para colaborar con el fiscal.

Nancy empezó a ponerse nerviosa.

—Benny, te dije que debíamos acabar con Thomas —exclamó, con acento de reproche.

—Como acabaron con todo el que podía comprometerles, incluido el falso cojo —dijo Oakland cáusticamente—. Nancy, ¿qué te pasó? Trabajaste un tiempo en el Eva's y conseguiste salir de aquel antro y ser una mujer decente de nuevo. Tenías un título universitario, una buena posición, un marido estupendo... ¿Por qué echaste todo por la borda? ¿Es que no eras capaz de darte cuenta de que tarde o temprano se descubriría todo?

—Seguramente, pensabas conseguir los dos millones antes de que los descubrieran —

intervino Flavia por primera vez desde la irrupción de la pareja.

—Sí, eso debe de ser. Pero anoche, si mal no recuerdo, te di cincuenta mil dólares, Nancy.

—¿Cómo? —se indignó la chica—. ¿Le regalaste cincuenta mil dólares a esta furcia?

¿Acaso te habías vuelto loco?

Oakland sonrió.

—Le di casi la mitad de mis ganancias, porque creí que había acertado los dos plenos gracias a que ella me llevó al Money Plus.

—¿Y no fue así? —preguntó Nancy orgullosamente.

—Gané porque el *croupier* estaba resentido con Thomas y quiso darle una lección.

—Entonces, hizo trampas con la ruleta...

—Sí, pero no temas; no volveré a jugar en el Money Plus ni en ninguna otra parte.

Nancy, ¿cuánto le habías prometido a Thomas por su ayuda?

La mujer enderezó el rostro con aire desdeñoso.

—Eso no te importa —contestó.

—Me parece que estamos perdiendo el tiempo —dijo Shadds.

Y apretó el gatillo.

Oakland cayó al suelo. Flavia lanzó un chillido

La muchacha, aterrada, vio que Shadds le apuntaba con el revólver y se cubrió el rostro con las manos. Sonaron varios estampidos.

Asombrada, Flavia se dio cuenta de que no sentía el menor dolor. Miró entre los dedos y vio a Nancy y a su esposo que se retorcían convulsivamente.

Alguien disparaba un arma con furia detrás de ellos. Shadds y Nancy se abrazaron en los espasmos de la agonía y cayeron al suelo.

Thomas apareció en el umbral, con una pistola en la mano.

—Nunca he tolerado las burlas —dijo.

Entonces, inesperadamente, Oakland agarró una silla y la arrojó contra el sujeto.

Thomas gritó, manoteó frenéticamente y cayó al suelo.

—Lou, mátalos... mátalos —chilló.

Oakland se puso en pie. Morino se hizo visible.

Con el pie, apartó la pistola que había usado Thomas. El sujeto le miró fieramente.

—Mátalos, te he dicho...

Morino hizo un gesto negativo.

—Nada de eso —contestó.

Hubo un momento de silencio. Thomas miraba a su esbirro con ojos incrédulos.

—Lou, hijo, no irás a traicionarme, ¿verdad? Si me pescan, iré a la cárcel para toda la vida...

Flavia, con los nervios a punto de estallar, aguardaba en silencio. Oakland mantenía el rostro impassible.

—Usted irá a la cárcel, que es donde merece estar —dijo Morino al cabo—. Allí se pudrirá y todos los años mi hermano y yo, celebraremos una fiesta de aniversario, para conmemorar el día que lo encierren para siempre.

Thomas lanzó un rugido de rabia y quiso recobrar la pistola, pero Morino fue rápido y le asestó un terrible taconazo en los nudillos.

Se oyó un chillido agudísimo. Thomas se sentó en el suelo agarrándose con la otra mano la lisiada. Las lágrimas corrían por sus redondas mejillas.

—Lou, muchacho, te daré todo lo que me pidas... Pero sácame de

aquí, aunque dejes a éstos vivos... Tenemos tiempo de escapar y llegar a Méjico...

Morino volvió a mover la cabeza negativamente.

—A veces conviene esperar todo el tiempo que sea necesario — dijo— Era preciso buscar la ocasión propicia. Heck, ¿ya no se acuerda de que, en un principio, el Money Plus era suyo y de mi hermano? Usted le quitó su participación con malas artes; lo humilló, lo redujo a un puesto insignificante en el negocio... Incluso le negó un aumento de sueldo...

Roddy era más bien apocado y no supo contrarrestar sus sucias faenas. Bien, ha llegado la hora de que nos tomemos el desquite. —Morino levantó la vista y miró al joven—. Señor Oakland, ¿quiere llamar a la policía?

Oakland asintió.

—Con mucho gusto.

Se acercó al teléfono y Flavia puso la mano en el brazo.

—Estás vivo —dijo—. ¿Un milagro?

Oakland se echó a reír.

—Un chaleco blindado —contestó.

* * *

—Pero yo no llevaba chaleco blindado —protestó Flavia, al día siguiente por la tarde.

—Lo siento —contestó él— Pensaba ir a verla a su casa más tarde; no pude imaginar que su marido nos seguía y se puso en contacto con ella, para sorprendernos después en las oficinas de la Golden Octogon.

—Ahora lo entiendo todo. De modo que eran unos ambiciosos...

Oakland hizo un gesto de pesar.

—Nunca se sabe qué es lo que ciega a las personas —contestó—. Ella era muy guapa,

tenía un buen empleo y las posibilidades de ocupar el puesto de Scrimm... El negocio de su marido no marchaba tan mal como

pretendían... Podrían haber vivido estupendamente, mejor que infinidad de personas. ..

—Quizá querían una fortuna que no podían conseguir de otra forma.

—Ya no hay dudas al respecto. Una cosa era segura: tenían ambos una gran inteligencia, pero ella cometió un error.

—¿Cuál, Norman?

—La primera vez que nos vimos, se declaró locamente enamorada de su esposo. Luego quiso conquistarme. Me dio una cita, con la excusa de que su marido estaba fuera, cosa que no era cierta. Además, recordé que el retrato de su esposo faltaba de la mesa de trabajo.

—Comprendo, aunque hay algo que me intriga.

—¿Sí?

—¿Por qué tuvo que ser Scrimm el primero en morir?

—Hombre, es lógico. Era el encargado de Personal. Ella tenía que manipular los expedientes, incluido el suyo. Con Scrimm vivo y una vez lanzados a la caza de los dos millones, necesitaba plena libertad de acción para hurgar y falsear en los expedientes de los empleados, incluido el suyo propio.

—Sí, eso lo explica todo.

Mientras charlaban, habían ido caminando hasta la alberca. Oakland subió a ¡a plataforma y empezó a quitarse la ropa.

—¡He olvidado el traje de baño! —gritó Flavia de repente.

—Bueno, te quedas fuera y ya está —contestó él.

—Me estás dando envidia...

Oakland, ya con el torso desnudo, se volvió y sonrió.

—No te bañes —aconsejó.

—¿Por qué? —preguntó ella, retadora.

—Es posible que recuerde que si tengo sangre en las venas

—contestó el joven.

Flavia se echó a reír.

—Quizá me guste comprobarlo —dijo.

Subió a la plataforma y empezó a quitarse ropa. Instantes después, nadaban juntos en el interior del estanque.

Al cabo de unos momentos, Oakland se volvió, la abrazó y buscó su boca. Ella correspondió afanosamente. Pero casi en el mismo instante, empezaron a sonar bocinas de coches.

—¿Qué pasa? —se alarmó ella.

Oakland nadó hasta el borde. Asombrado, vio venir una procesión de gente, cuya presencia no esperaba ciertamente en aquellos momentos.

—Eh —gritó Harniman—, ¿por qué no salen? Hemos venido a pagarle, señor Oakland.

—Tendrán que esperar a que nos vistamos —contestó el joven.

Harniman respingó.

—¿Cómo? ¿Están desnudos?

Flavia, agarrada al borde con ambas manos, se escondió hasta que sólo sus ojos

quedaron visibles.

—Síiiii... —dijo con voz apenas audible.

Minna Stewart suspiró.

—¡Qué envidia me dan! —exclamó.

Oakland agitó una mano.

—Si lo desea, puede venir, señora —invitó.

De pronto, lanzó un agudo grito al sentir un vivísimo dolor en la cadera izquierda.

—Flavia, ¿por qué me pellizcas?

Ella le miró furiosamente.

—A partir de este momento, nadie se bañará más que yo en esta

alberca —dijo.

Oakland miró a la señora Stewart e hizo un gesto de disculpa.

—Ya lo ha oído, señora; creo que he dejado de mandar en mi casa —exclamó—. Señor Harniman, entren en casa y sírvanse una copa; en seguida estaremos con ustedes.

—No tarden —sonrió el hombre.

Oakland se volvió hacia la muchacha.

—Nos han interrumpido en lo mejor —se lamentó.

—Habrá tiempo de sobra en otras ocasiones... muchas ocasiones... Infinidad de ocasiones —aseguró ella con ojos chispeantes.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España